



LA CASA DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES

SALVADOR RANGEL ABUD

ÍNDICE

PRÓLOGO: El séptimo día

CAPÍTULO I: La convocatoria

CAPÍTULO II: La soberbia de Felipa

CAPÍTULO III: La lujuria de Dionisio

CAPÍTULO IV: La avaricia de Herminia

CAPÍTULO V: La ira de Teresa

CAPÍTULO VI: La gula de Dimas

CAPÍTULO VII: La envidia de Arcadia

CAPÍTULO VIII: La pereza de Heliodoro

CAPÍTULO IX: El hallazgo

CAPÍTULO X: Las máscaras caen

CAPÍTULO XI: La revelación

CAPÍTULO XII: El testamento

EPÍLOGO: Los fresnos

LA CASA DE LOS SIETE PECADOS CAPITALES

PRÓLOGO

El séptimo día

Hay casas que son solo piedra, madera y cal. Refugios contra la intemperie, recipientes vacíos que aguardan ser llenados por quienes las habitan. Y hay otras casas que son algo más: organismos vivos que respiran con el aliento de sus moradores, que absorben sus pasiones y sus miserias, que guardan en sus muros la memoria de todo lo que en ellas se ha dicho, hecho y callado. La Quinta "Los Fresnos" pertenecía a esta segunda especie.

Situada en las inmediaciones de Santander, donde la provincia de Cantabria despliega sus colinas verdes hacia el Cantábrico, la propiedad se alzaba como un pequeño señorío anacrónico. La casona principal, construida a finales del siglo XIX por un indiano enriquecido en Cuba, exhibía esa arquitectura híbrida de los que regresan con fortuna: fachada de piedra cantábrica, galerías acristaladas al modo gallego, y ciertos aires coloniales en la disposición de los jardines. Los fresnos que le daban nombre formaban una arboleda centenaria que conducía desde el portón de hierro forjado hasta la entrada principal, y sus copas, entrelazadas por el tiempo, creaban una bóveda vegetal que en verano filtraba la luz en tonos de esmeralda y que en otoño alfombraba el camino con hojas doradas.

Don Amadeo Ortiz de Rosas y Ceballos había adquirido la quinta cuarenta años atrás, cuando su fortuna comenzaba a consolidarse y necesitaba un escenario apropiado para el personaje que estaba construyendo. Hijo de un modesto comerciante de Torrelavega, Amadeo había levantado un imperio en la industria siderometalúrgica a base de intuición, trabajo y una dureza que algunos llamaban visión y otros crueldad. A los setenta y ocho años, su patrimonio se estimaba en cerca de mil quinientos millones de euros, cifra que él mismo desconocía con exactitud porque había dejado de importarle hacía tiempo. Lo que importaba, lo que nunca había dejado de importar, era otra cosa.

Aquella tarde de septiembre, Amadeo permanecía de pie junto al ventanal de su estudio, en el segundo piso de la casona. Desde allí podía contemplar la arboleda de fresnos, los jardines que descendían en terrazas hacia el pequeño lago artificial, el pabellón de invitados semioculto entre magnolios. Todo aquello le pertenecía. También le pertenecían las fábricas, los edificios de oficinas, las acciones, las cuentas en Suiza y Luxemburgo, las obras de arte que adornaban sus diversas residencias. Pero mientras observaba cómo el primer automóvil atravesaba el portón y enfocaba hacia la casa, Amadeo pensó que nada de eso era verdaderamente suyo. Uno no posee las cosas; las custodia durante un tiempo y luego las entrega. La pregunta, la única pregunta que vale la pena hacerse al final de una vida, es a quién se las entregas y en qué estado.

El automóvil se detuvo frente a la entrada. Era el de Felipa, su esposa. Amadeo observó cómo el chófer abría la puerta y cómo ella descendía sin dignarse mirarlo, la vista fija en la fachada de la casa, evaluándola como siempre evaluaba todo: buscando defectos, imperfecciones, motivos de queja. Cincuenta y dos años de matrimonio y Amadeo aún no había logrado que Felipa estuviera satisfecha con nada. Ni con la casa, ni con la fortuna, ni con él, ni consigo misma. La soberbia, había comprendido tarde, no es solo creerse superior a los demás; es también la incapacidad de aceptar la vida tal como es, la exigencia perpetua de que el mundo se ajuste a la imagen que uno tiene de sí mismo.

Un segundo automóvil apareció en la vereda de piedra. Luego un tercero. Amadeo los fue identificando: Dionisio, su hermano menor; Herminia, la hermana de Felipa. Los hijos llegarían después, cada uno en su propio vehículo porque hacía años que no soportaban compartir ni siquiera un trayecto. Teresa, Dimas, Arcadia, Heliodoro. Sus cuatro hijos. Su descendencia. Su fracaso.

Porque eso eran, aunque le doliera reconocerlo: un fracaso. Amadeo había construido un imperio material y había criado una familia moralmente en ruinas. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué momento las grietas se convirtieron en abismos? Él, que había sabido leer los mercados y anticipar las crisis económicas, había sido incapaz de ver lo que se gestaba bajo su propio techo. O quizá lo había visto y había preferido ignorarlo, ocupado como estaba en levantar su fortuna, convencido de que el dinero solucionaría cualquier problema, aplazando para un mañana que nunca llegaba la tarea de ocuparse de lo importante.

Lo importante. Los siete pecados capitales. Amadeo había sido educado por jesuitas en Comillas y, aunque la fe se le había escapado en algún recodo de la vida, las categorías morales permanecían grabadas en su mente. Durante años las había considerado reliquias de otro tiempo, supersticiones útiles para controlar a las masas pero irrelevantes para un hombre moderno y racional como él. Hasta que un día, ya viejo, miró a su alrededor y las vio encarnadas en cada uno de sus seres queridos.

Felipa y su soberbia. Dionisio y su lujuria. Herminia y su avaricia. Teresa y su ira. Dimas y su gula. Arcadia y su envidia. Heliodoro y su pereza. Siete personas, siete pecados. Como si alguien hubiera diseñado aquella familia para ilustrar un tratado de teología moral. Como si Los Fresnos fuera un teatro y cada uno de ellos representara un papel alegórico en una función que solo Amadeo parecía capaz de ver.

¿Y él? ¿Cuál era su pecado? Todos, pensó. Y ninguno. Había sido soberbio al creer que podía controlar todo con su voluntad. Avaro al acumular más de lo que necesitaba. Iracundo cuando las cosas no salían como esperaba. Perezoso para atender lo que verdaderamente importaba. Quizá su pecado era el más antiguo de todos: el orgullo de creer que podía juzgar a los demás, la arrogancia de erigirse en tribunal de su propia familia.

Pero ya era tarde para la autocomplacencia. Amadeo se apartó de la ventana y caminó hacia su escritorio. Sobre la superficie de nogal descansaban varios documentos que había estado revisando durante la última semana. Informes de abogados, estados financieros, expedientes privados. Y un sobre cerrado que contenía algo que había escrito de su puño y letra. Su testamento.

No era el testamento que el notario de siempre guardaba en su despacho de Santander. Ese era un documento antiguo, redactado quince años atrás, cuando aún creía que sus hijos madurarían y se harían dignos de la herencia. El sobre contenía un nuevo testamento, hecho apenas un año antes, en secreto, ante un notario de Madrid que no conocía a la familia. Un testamento que no era solo un documento legal sino algo más: una última carta, un espejo, una condena, una oportunidad.

Amadeo guardó el sobre en el cajón del escritorio y lo cerró con llave. Luego miró el reloj. Las siete de la tarde. En una hora serviría la cena y tendría que bajar a reunirse con ellos, a soportar la tensión apenas disimulada, los reproches velados, las sonrisas falsas. Pero antes tenía algo que hacer.

Sacó una hoja de papel con membrete y su pluma estilográfica. Pensó durante unos minutos y luego comenzó a escribir. No era un documento legal ni una carta convencional. Era algo más parecido a una confesión, o quizá a una explicación. Palabras dirigidas a quien las encontrara después, cuando él ya no estuviera. Porque Amadeo guardaba el presentimiento, con la experiencia que dan los años y el conocimiento de la naturaleza humana, que tal vez no seguiría vivo durante mucho tiempo más.

No era una premonición mística ni una fantasía melodramática. Era un cálculo. Llevaba meses dejando caer indicios sobre un cambio en su testamento, sobre decisiones que afectarían a todos. Había observado las reacciones, medido las miradas, calibrado los silencios. Sabía lo que había en el corazón de cada uno de ellos porque él mismo lo había puesto allí, o al menos no había hecho nada por evitarlo. Y sabía que cuando la avaricia, la ira, la envidia y la desesperación se combinan en un espacio cerrado, la desesperación y violencia es solo cuestión de tiempo.

¿Por qué entonces había convocado aquella reunión? ¿Por qué se exponía al peligro? Quizá porque estaba cansado. Setenta y ocho años y una enfermedad que los médicos creían poder controlar, pero que avanzaba sin prisa y sin pausa. Unos meses más, un año a lo sumo. Podía esperar a que la naturaleza hiciera su trabajo, morir en una cama de hospital rodeado de máquinas y enfermeras, y dejar que sus herederos se despedazaran después. O podía hacer algo distinto. Podía forzar la crisis, provocar que los pecados se manifestaran en toda su crudeza, y dejar en su testamento no solo dinero y propiedades sino también una posibilidad de redención. Una última lección. Un regalo envenenado que quizá, solo quizá, salvaría alguna de aquellas almas.

Terminó de escribir, dobló el papel y lo guardó en otro sobre que escondió entre las páginas de un libro. Luego se sirvió una copa de coñac y la sostuvo sin beber, mirando el líquido ambarino. Afuera, el sol comenzaba a descender sobre los fresnos. Era su sexto día en la quinta. Había llegado una semana antes que los demás para prepararlo todo, para pensar, para despedirse en silencio de cada rincón. Mañana sería el séptimo día.

El séptimo día. En el Génesis, Dios descansó después de la creación. Pero aquello no era un génesis sino un apocalipsis, una revelación. Y no habría descanso para nadie.

Amadeo escuchó ruido en el piso inferior. Voces, pasos, el ajetreo de una casa que se llena. Su familia había llegado. Los siete pecados capitales estaban reunidos bajo el mismo techo, y cada uno de ellos ignoraba que los otros seis lo observaban con recelo, que cada uno sospechaba de los demás pero no de sí mismo, que cada uno se creía inocente y víctima cuando en realidad todos eran culpables.

Dejó la copa sin probar sobre el escritorio. Antes de bajar, miró una vez más por la ventana. Los fresnos se recortaban contra el cielo del atardecer, inmutables, indiferentes. Llevaban allí más de un siglo y seguirían allí cuando todos ellos hubieran desaparecido. La casa, los árboles, la tierra. Eso era lo permanente. Los hombres y sus pecados, apenas un episodio.

Amadeo salió del estudio y cerró la puerta. Mañana, cuando entraran a buscarlo, lo encontrarían sentado en su sillón junto a la chimenea, con los ojos abiertos y una expresión que algunos interpretarían como sorpresa y otros como alivio. Pero eso sería mañana. Esta noche aún quedaba la cena, la comedia familiar, las máscaras. Esta noche aún podía mirarlos a todos a los ojos y buscar en ellos, quizá por última vez, algo que se pareciera al amor.

Comenzó a bajar las escaleras. Desde el vestíbulo llegaban las voces de Felipa dando órdenes al servicio, el timbre grave de Dionisio, la risa forzada de alguien. Su familia lo esperaba. Los siete pecados capitales lo esperaban. Y él bajó a su encuentro con la calma de quien ya ha tomado todas las decisiones y solo aguarda que el destino cumpla su parte.

El séptimo día estaba por comenzar.

CAPÍTULO I

La convocatoria

La carta llegó a todos el mismo día, como si Amadeo hubiera calculado con precisión los tiempos del correo postal. Una carta, no un mensaje de texto ni un correo electrónico. Papel grueso color marfil, membrete en relieve, caligrafía anticuada. Los convocaba a Los Fresnos el segundo fin de semana de septiembre para celebrar su onomástico. Asistencia obligatoria, decía, subrayando la palabra con un trazo que delataba cierta irritación. Como si anticipara las excusas que cada uno inventaría para no ir.

Teresa fue la primera en llegar, aunque no por diligencia filial sino porque conducía desde Bilbao y había salido temprano para evitar el tráfico. Entró por la arboleda de fresnos a las cuatro de la tarde, con el sol todavía alto y un humor que presagiaba tormenta. El viaje había sido un desastre. Primero, el cargador del móvil había dejado de funcionar. Luego, una caravana en la autovía la retuvo cuarenta minutos. Finalmente, al llegar al desvío hacia la quinta, un camión de reparto le cerró el paso y tuvo que frenar en seco.

—¡Imbécil! —gritó, aunque el camionero no podía oírla.

Cuando detuvo el coche frente a la entrada principal, Teresa permaneció unos segundos con las manos aferradas al volante, respirando hondo. Sabía que debía calmarse antes de entrar. Su padre no toleraba sus explosiones y ella no estaba de humor para otra de sus charlas condescendientes sobre el autocontrol. Pero la rabia seguía ahí, latiendo en las sienes, apretándole el pecho. Siempre estaba ahí.

Bajó del coche sin esperar a que nadie le abriera la puerta. Manuela, el ama de llaves que llevaba décadas al servicio de la familia, salió a recibirla.

—Señorita Teresa, qué alegría verla.

—¿Llegó alguien más?

—No, señorita. Es usted la primera.

Teresa asintió con un gesto seco y entró en la casa sin más palabras. Siempre la primera, pensó. La primogénita, la que cargaba con las expectativas, la que abría camino para que los demás la pisotearan después. Y de qué había servido. Cuarenta y nueve años, dos divorcios, una hija que apenas le hablaba, una sucesión de negocios fracasados. Y un padre que la miraba con esa mezcla de decepción y lástima que ella no sabía si era peor que el desprecio abierto.

Doña Felipa llegó media hora después, en el Mercedes conducido por Sebastián, el chófer que la acompañaba desde hacía quince años. El coche se detuvo exactamente frente a la escalinata de entrada, ni un metro más adelante ni más atrás. Felipa exigía precisión en todo.

Antes de descender, examinó la fachada de la casa a través de la ventanilla. Las contraventanas del ala este necesitaban una mano de pintura. El rosal trepador junto a la entrada se había desbordado y nadie lo había podado. Y aquellas macetas de geranios en el balcón del primer piso eran de un rojo vulgar que desentonaba con el conjunto. Mentalmente, Felipa fue anotando cada defecto para comunicárselo después al servicio. Aquella gente necesitaba supervisión constante. Sin ella, la casa se vendría abajo.

Sebastián le abrió la puerta y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Felipa la ignoró. No necesitaba ayuda de nadie. A sus setenta y cuatro años mantenía una figura esbelta, una postura impecable y un dominio absoluto

sobre cada uno de sus movimientos. El porte, solía decir, es lo que distingue a una señora de una mujer cualquiera.

Manuela la esperaba en la puerta con las manos entrelazadas y una sonrisa servil.

—Señora, bienvenida. ¿Tuvo buen viaje?

—Regular. La carretera está llena de baches. ¿Preparaste la habitación como te indiqué?

—Sí, señora. Sábanas de hilo, las toallas nuevas, flores frescas en el tocador.

—¿Qué flores?

—Lirios blancos, señora.

Felipa frunció el ceño.

—Te dije peonías. Los lirios me dan dolor de cabeza.

—Perdone, señora. Las cambio inmediatamente.

—Hazlo.

Entró en la casa sin mirar atrás. Desde la sala, Teresa la vio pasar hacia la escalera y sintió el familiar nudo en el estómago. Su madre ni siquiera se había dignado saludarla. Pero qué esperaba. Felipa Gutiérrez de Barcenilla no saludaba; concedía audiencias.

Dionisio llegó poco después, en un deportivo rojo que conducía él mismo a pesar de sus setenta años. Le gustaba la velocidad, el rugido del motor, la sensación de poder que le daba apretar el acelerador. Le gustaban muchas cosas que un hombre de su edad debería haber dejado atrás, pero Dionisio nunca había sido bueno para las renunciadas.

Aparcó junto al coche de Teresa y bajó estirándose con un gesto de fatiga estudiada. Le dolía la espalda, las rodillas ya no eran las de antes, pero nada de eso importaba cuando vio a María salir de la casa con una bandeja. María era nueva en el servicio, una muchacha de veintitantos años con el pelo oscuro recogido en una coleta y un uniforme que no lograba disimular del todo sus formas. Dionisio la había visto en su última visita, tres meses atrás, y no había dejado de pensar en ella.

—Buenas tardes —dijo, acercándose con su mejor sonrisa—. Tú debes ser María. Mi hermano me ha hablado de ti.

La muchacha lo miró con cautela.

—Buenas tardes, señor. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—Un whisky estaría bien. Con hielo. ¿Me lo llevas al salón?

—Sí, señor.

Dionisio la observó alejarse hacia la cocina y se relamió mentalmente. Aquello prometía. Un fin de semana en el campo podía ser muy aburrido si uno no encontraba manera de entretenerse.

Herminia llegó en taxi desde la estación de tren. No porque no tuviera coche —tenía dos— sino porque el tren era más barato y el taxi lo pagaría con el dinero que le había dado Amadeo para los gastos del viaje. Siempre había un margen entre lo que las cosas costaban y lo que ella declaraba que habían costado, y ese margen, multiplicado por mil pequeñas ocasiones a lo largo de los años, había engrosado considerablemente sus ahorros.

Pagó al taxista la cantidad exacta que marcaba el taxímetro, sin propina, y entró en la casa cargando ella misma su maleta. No se fiaba de que otros manipularan su equipaje. Dentro llevaba, además de la ropa, una carpeta con documentos que nunca se separaban de ella: pagarés, contratos de préstamo, recibos. Pruebas de todo lo que le debían.

Felipa la vio entrar desde lo alto de la escalera.

—Herminia. Ya era hora.

—El tren se retrasó.

—Siempre tienes una excusa.

Herminia no respondió. Hacía décadas que había aprendido a callarse ante su hermana mayor. Felipa era la guapa, la elegida, la que se había casado con Amadeo y vivía como una reina mientras ella, Herminia, tenía que conformarse con las migajas. Pero las migajas, bien administradas, también se convierten en fortuna. Y Herminia había administrado muy bien las suyas.

Dimas llegó al anochecer, cuando ya habían encendido las luces de la casa. Conducía un todoterreno enorme que necesitaba para acomodar su cuerpo de ciento cuarenta kilos. Bajó con dificultad, resoplando por el esfuerzo, y lo primero que hizo fue preguntar a Manuela si la cena estaría lista pronto. No había comido en tres horas y el estómago le rugía.

En el asiento trasero del todoterreno quedaron los restos de su merienda de viaje: envoltorios de chocolatinas, una bolsa vacía de patatas fritas, dos botellas de refresco. Dimas comía sin cesar, no por hambre sino por un impulso que no podía controlar. La comida era lo único que llenaba, aunque fuera por unos minutos, el vacío que sentía dentro.

Su padre lo vio llegar desde la ventana del estudio. Observó cómo su hijo se tambaleaba hacia la entrada, la camisa manchada, el pelo revuelto, y sintió una oleada de algo que no era exactamente desprecio pero que se le parecía mucho. Dimas había sido un niño hermoso, vivaz, lleno de promesas. ¿En qué momento se había convertido en aquella mole sudorosa incapaz de subir una escalera sin quedarse sin aliento?

Arcadia llegó casi al mismo tiempo que Dimas, pero esperó en su coche hasta que su hermano entró en la casa. No quería que la vieran juntos. No quería que la asociaran con él, con su gordura obscena, con su falta de dignidad. Arcadia se esforzaba por mantener una imagen impecable: delgada, elegante, siempre correcta. El problema era que, por mucho que

se esforzara, nunca era suficiente. Siempre había alguien más delgada, más elegante, más correcta. Siempre había alguien a quien envidiar.

Entró en la casa y su mirada fue directamente hacia el cuello de su madre. El collar de perlas. El maldito collar de perlas que Felipa lucía en cada ocasión y que un día, supuestamente, sería suyo. Pero ¿cuándo? Su madre tenía setenta y cuatro años y una salud de hierro. A ese paso, Arcadia sería una vieja cuando heredara las joyas, y entonces de qué le servirían.

—Hola, madre.

—Arcadia. Llegas tarde.

—Había tráfico.

—Tu hermana llegó hace horas y salió de Bilbao.

Siempre la comparación. Siempre Teresa, la primogénita, el modelo inalcanzable. Arcadia sonrió sin ganas y subió a su habitación. Necesitaba un momento a solas antes de enfrentarse a la cena.

Heliodoro fue el último en llegar, cuando ya estaban todos sentados a la mesa esperándolo. Entró en el comedor con el pelo mojado —se había duchado al llegar, como si el tiempo de los demás no importara— y se dejó caer en su silla sin disculparse por el retraso.

—Buenas noches a todos.

—Son las nueve y media —dijo Felipa—. La cena era a las nueve.

—Perdí la noción del tiempo.

—Como siempre.

Heliodoro se encogió de hombros. Qué más daba media hora, una hora, un día. El tiempo era una convención arbitraria, un invento para que la gente se sintiera ocupada. Él había dejado de sentirse ocupado hacía años. Había dejado de sentirse muchas cosas.

Amadeo, sentado en la cabecera, observaba a su familia. Todos estaban allí. Los siete pecados capitales reunidos en torno a una mesa, pasándose la sal, cortando el pan, bebiendo vino. Si no supiera lo que sabía, casi podría parecer una estampa familiar entrañable.

Esperó a que sirvieran el primer plato. Luego carraspeó para llamar la atención.

—Os he reunido por una razón —dijo—. No es solo mi onomástico. Tengo algo importante que comunicaros.

Siete pares de ojos se clavaron en él. Siete expresiones que iban de la curiosidad a la alarma.

—¿Estás enfermo? —preguntó Teresa.

—No más de lo habitual para mi edad.

—Entonces qué —dijo Felipa con impaciencia.

Amadeo tomó un sorbo de vino. Los hizo esperar unos segundos más, disfrutando casi con crueldad de la tensión.

—Mañana os lo diré. Esta noche cenemos en paz.

Pero la paz, en aquella casa, era una palabra vacía. Y todos lo sabían.

CAPÍTULO II

La soberbia de Felipa

Felipa Gutiérrez de Barcenilla aprendió muy temprano que el mundo se divide en dos clases de personas: las que miran desde arriba y las que son miradas desde abajo. Su madre se lo enseñó antes de que supiera leer, en aquella casa modesta de Reinosa donde creció con la humillación de ser pobre pero con apellido. Los Gutiérrez de Barcenilla habían tenido tierras, ganado, criados. Habían sido alguien. Pero el abuelo lo perdió todo en malas inversiones y la familia quedó reducida a vivir de las apariencias, estirando cada peseta para mantener una fachada que se desmoronaba por dentro.

La madre de Felipa nunca se recuperó de aquella caída. Pasó el resto de su vida recordando lo que habían sido y despreciando lo que eran. Crio a sus dos hijas en el culto a un pasado glorioso y en el horror al presente miserable. Les enseñó a caminar con la espalda recta, a modular la voz, a distinguir los cubiertos de pescado de los de carne, a reconocer la calidad de una tela con solo tocarla. Les enseñó, sobre todo, que una mujer con clase puede perderlo todo menos el porte, y que el porte es lo que abre las puertas que el dinero no puede comprar.

Felipa absorbió aquellas lecciones como una esponja. A los diecisiete años era la muchacha más elegante de Reinosa, aunque su vestido fuera remendado y sus zapatos tuvieran las suelas gastadas. Los hombres la miraban y ella aprendió a sostener esas miradas con una mezcla de desdén y promesa que los volvía locos. No era la más guapa del pueblo, pero actuaba como si lo fuera, y al final eso era lo que importaba. La belleza se marchita; la actitud permanece.

Conoció a Amadeo Ortiz de Rosas en el verano de 1969, durante las fiestas de Santiago. Él tenía veintiséis años y empezaba a hacerse un nombre en el negocio del acero. No era guapo ni elegante, pero tenía algo que Felipa reconoció inmediatamente: hambre. Hambre de éxito, de reconocimiento, de poder. La misma hambre que ella sentía. Se miraron y cada uno vio en el otro un medio para conseguir lo que quería. No fue amor, aunque durante un tiempo se pareciera. Fue un pacto.

Se casaron seis meses después. La madre de Felipa murió al año siguiente, satisfecha de haber colocado al menos a una de sus hijas. Herminia, la menor, no tuvo tanta suerte. Era más bonita que Felipa pero carecía de su aplomo, de su capacidad para imponerse. Se quedó soltera, viviendo de la

caridad encubierta de su hermana y su cuñado, y Felipa nunca perdió ocasión de recordárselo.

Los primeros años del matrimonio fueron de ascenso vertiginoso. Amadeo trabajaba dieciocho horas al día y Felipa se ocupaba de construir la imagen social que él necesitaba. Decoró la primera casa, luego la segunda, luego la tercera, cada una más grande y lujosa que la anterior. Organizó cenas para los socios, cultivó amistades con las esposas de los hombres importantes, aprendió de vinos y de arte para poder conversar en cualquier círculo. Se convirtió en la señora de Ortiz de Rosas, y nadie que la viera podría imaginar que había crecido zurciendo su propia ropa.

El problema era que Felipa nunca dejó de sentirse aquella niña pobre de Reinos. Por más que acumulara casas, joyas, pieles, siempre había una voz interior que le susurraba que no era suficiente, que los demás la miraban por encima del hombro, que en cualquier momento descubrirían la verdad y la humillarían. Para acallar esa voz, Felipa se volvió más exigente, más implacable, más cruel. Si ella se adelantaba a despreciar, nadie podría despreciarla. Si ella se erigía en juez, nadie podría juzgarla. Así fue construyendo una coraza de soberbia que con los años se convirtió en su segunda piel.

Sus hijos lo sufrieron desde la cuna. Nada de lo que hacían estaba bien. Teresa sacaba buenas notas pero no las mejores. Dimas era cariñoso pero torpe. Arcadia era bonita pero no lo suficiente. Heliodoro era inteligente pero perezoso. Cada logro era recibido con un "pero" que lo anulaba, cada fracaso era amplificado hasta convertirse en catástrofe. Los niños crecieron buscando desesperadamente la aprobación de su madre y aprendiendo que nunca la obtendrían. Cada uno reaccionó a su manera: Teresa con rabia, Dimas con la comida, Arcadia con la envidia, Heliodoro con la renuncia. Pero todos llevaban dentro la misma herida.

Amadeo, por su parte, dejó de intentarlo mucho antes. Durante los primeros años había creído que podría hacerla feliz, que bastaba con darle lo que pedía para que ella se ablandara. Pero Felipa siempre pedía más, y cuando lo conseguía ya no lo quería. Amadeo comprendió que su esposa no buscaba cosas sino la confirmación constante de que era superior a los demás, y esa confirmación era un pozo sin fondo. Se refugió en el trabajo, en los viajes, en alguna aventura discreta que Felipa fingió no conocer porque el divorcio era impensable. Se convirtieron en dos extraños que compartían techo, cuenta bancaria y apellido, nada más.

Aquella noche, después de la cena, Felipa subió a su habitación sin despedirse de nadie. Estaba furiosa. Amadeo la había humillado delante de todos con su teatrillo de "mañana os lo diré". Quién se creía que era. Ella era su esposa, tenía derecho a saber antes que nadie cualquier cosa que él planeaba. Pero no, Amadeo siempre hacía lo mismo: la dejaba al margen, la trataba como a una más, como si cincuenta y dos años de matrimonio no significaran nada.

Se sentó frente al tocador y se miró en el espejo. El reflejo le devolvió una mujer todavía hermosa para su edad, con el pelo blanco recogido en un moño impecable, los pómulos altos, los ojos claros. Pero también vio las arrugas que ninguna crema podía borrar, la piel que empezaba a descolgarse en el cuello, las manchas en las manos. Se estaba volviendo vieja. Aquello era lo imperdonable.

Había pasado la vida entera construyendo una imagen de perfección y ahora el tiempo se la arrebatava sin que ella pudiera hacer nada. Pronto sería una anciana, y los demás la mirarían con condescendencia o, peor aún, con lástima. La lástima era lo único que Felipa no podía soportar. Prefería el odio, el miedo, cualquier cosa menos la lástima.

Pensó en el anuncio de Amadeo. Algo importante que comunicar. Solo podía ser una cosa: el testamento. Llevaba meses oyendo rumores de que Amadeo estaba haciendo cambios, consultando con abogados a sus espaldas, moviendo dinero. Felipa había intentado averiguar más pero su marido se había vuelto hermético, desconfiado. Ya no dejaba papeles a la vista ni hablaba por teléfono cuando ella estaba cerca. Algo tramaba, y Felipa necesitaba saber qué.

Se levantó del tocador y salió al pasillo. La casa estaba en silencio. Caminó hasta la escalera y bajó con cuidado de no hacer ruido. La puerta del estudio de Amadeo estaba cerrada, pero se veía luz por debajo. Felipa se acercó y pegó el oído a la madera. Nada. Solo el crepitar de la chimenea.

Probó el picaporte. Cerrado con llave. Amadeo nunca cerraba con llave. Aquello confirmaba sus sospechas: había algo que no quería que ella viera.

Volvió a subir, pero en lugar de ir a su habitación se dirigió al ala este, donde estaban los cuartos de los hijos. Se detuvo frente a la puerta de Teresa y llamó con los nudillos.

Su hija abrió con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres, madre?

—Hablar contigo.

—Son las once de la noche.

—Es importante.

Teresa se hizo a un lado para dejarla pasar. La habitación estaba desordenada, con ropa sobre la silla y un libro abierto en la cama. Felipa sintió el impulso de decir algo pero se contuvo. No había venido a eso.

—Tu padre está tramando algo —dijo sin preámbulos—. Algo con el testamento.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Que averigües qué es.

Teresa soltó una risa amarga.

—¿Yo? Padre no me cuenta nada. No me ha contado nada en años.

—Pero tú eres la mayor. Si alguien puede sonsacarle algo...

—No, madre. Si alguien puede sonsacarle algo eres tú, que eres su mujer. Pero claro, eso implicaría hablar con él, y vosotros dos lleváis décadas sin dirigiros la palabra más que para lo imprescindible.

Felipa sintió que la rabia le subía por el pecho. Cómo se atrevía. Cómo se atrevía aquella fracasada a hablarle así.

—No te consiento ese tono.

—Pues no me pidas favores.

Se miraron en silencio, madre e hija, con el mismo fuego en los ojos. En ese momento se parecían más de lo que ninguna de las dos habría admitido.

—Está bien —dijo Felipa—. Ya me las arreglaré sola. Como siempre.

Salió de la habitación sin despedirse. En el pasillo se cruzó con Herminia, que volvía del baño en camisón.

—¿Pasa algo? —preguntó su hermana.

—Nada que te incumba.

Herminia bajó la mirada y se apartó para dejarla pasar. Siempre lo mismo. Siempre cediendo, siempre agachando la cabeza. Felipa sintió una oleada de desprecio. Si Herminia tuviera una pizca de dignidad no viviría de la caridad ajena, no se arrastraría como un perro faldero, no toleraría el trato que Felipa le daba. Pero no la tenía. Herminia era débil, y los débiles merecían lo que les pasaba.

De vuelta en su habitación, Felipa se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando la pared. Pensó en su madre, en las lecciones de porte y distinción, en la promesa de que si se mantenía erguida el mundo se inclinaría ante ella. Había cumplido su parte del trato. Se había mantenido erguida durante setenta y cuatro años. Pero el mundo no se había inclinado; simplemente la había rodeado y seguido su camino.

Quizá ese era el problema. Quizá había pasado la vida tan ocupada en mirar desde arriba que no se había dado cuenta de que estaba sola en la cima. Una cima fría, estéril, donde el viento soplaba sin piedad y no crecía nada.

Pero aquellos pensamientos eran peligrosos. Felipa los apartó como había aprendido a apartar todo lo que amenazaba su imagen de sí misma. Se quitó el collar de perlas, se desmaquilló con movimientos precisos, se puso el camisón de seda. Antes de acostarse miró una vez más su reflejo en el espejo del armario.

Mañana averiguaría qué tramaba Amadeo. Y si lo que tramaba la perjudicaba, encontraría la manera de impedirlo. No había llegado hasta donde estaba para dejarse derrotar ahora.

Se metió en la cama y apagó la luz. En la oscuridad, sola, Felipa Gutiérrez de Barcenilla era exactamente igual que cualquier otra mujer de setenta y

cuatro años: una anciana con miedo a la muerte y a lo que vendría después. Pero eso nadie lo sabía. Nadie lo sabría jamás.

CAPÍTULO III

La lujuria de Dionisio

Dionisio Ortiz de Rosas había sido un hombre guapo. En las fotografías de juventud aparecía con el pelo negro peinado hacia atrás, los ojos oscuros y brillantes, una sonrisa que prometía aventuras. Las mujeres lo encontraban irresistible y él se dejaba encontrar con una facilidad que su hermano mayor siempre desaprobó. Mientras Amadeo construía un imperio, Dionisio se dedicaba a dilapidarlo en coches, viajes y amantes. Era el hermano menor, el irresponsable, el que nunca tuvo que cargar con nada porque siempre había alguien que cargaba por él.

Ahora tenía setenta años y el espejo le devolvía la imagen de un anciano. El pelo se había vuelto gris y ralo, la piel se le descolgaba en el cuello y las mejillas, la cintura se le había ensanchado a pesar de las dietas. Pero Dionisio seguía mirándose con los ojos del hombre que había sido, incapaz de aceptar lo que el tiempo le había hecho. Seguía vistiendo trajes ajustados que ya no le sentaban bien, usando colonias intensas que resultaban empalagosas, intentando ligar con mujeres que podrían ser sus nietas. No era solo vanidad; era desesperación. Cada conquista era una prueba de que aún estaba vivo, de que aún valía algo, de que la muerte podía esperar un poco más.

Su primera esposa lo dejó a los tres años de casados, harta de sus infidelidades. La segunda aguantó siete antes de hacer lo mismo. Hubo una tercera, mucho más joven, que duró apenas unos meses y se llevó una cantidad considerable en el divorcio. Después Dionisio dejó de casarse pero no de buscar. Prostitutas de lujo, amantes mantenidas, aventuras de una noche. El sexo se convirtió en su forma de estar en el mundo, la única que conocía.

Amadeo lo había rescatado de la ruina varias veces. Pagó las pensiones de las ex esposas, cubrió las deudas de juego, silenció un escándalo con una menor que podría haberlo llevado a la cárcel. A cambio, Dionisio debía comportarse: nada de escándalos públicos, nada que manchara el apellido. Podía hacer lo que quisiera siempre que fuera discreto. Dionisio aceptó el trato porque no tenía alternativa. Dependía económicamente de su hermano y ambos lo sabían.

Aquella noche, después de la cena, Dionisio se quedó en el salón bebiendo whisky mientras los demás se retiraban. Esperó a que la casa quedara en silencio y luego se levantó y caminó hacia la cocina. María estaría allí, recogiendo los últimos platos. Había pensado en ella durante toda la cena, en el modo en que el uniforme se le ceñía a las caderas cuando se inclinaba a servir, en el lunar que tenía en el cuello, justo debajo de la oreja.

La encontró sola, como esperaba. Estaba de espaldas, guardando la vajilla en un armario alto que la obligaba a ponerse de puntillas. Dionisio se apoyó en el marco de la puerta y la observó unos segundos antes de hablar.

—Necesitas ayuda con eso.

María se volvió sobresaltada.

—Señor, no lo oí entrar.

—Soy silencioso. Una de mis muchas virtudes.

Se acercó a ella despacio, con la sonrisa que tantas veces le había funcionado. María retrocedió un paso.

—Ya casi termino, señor. Si necesita algo puedo...

—Lo que necesito es compañía. Esta casa es muy grande y muy aburrida.

—Lo siento, señor, pero tengo que acabar aquí y mañana madrugo.

Dionisio dio otro paso. Estaban muy cerca. Podía oler su champú, algo floral, juvenil.

—No seas así. Solo quiero conversar un rato. Conocerme mejor.

María lo miró a los ojos y Dionisio vio algo que no esperaba: no había miedo ni coquetería, solo una firmeza tranquila.

—Con todo respeto, señor, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque usted es el hermano del señor y yo soy empleada de esta casa. No sería apropiado.

—Nadie tiene por qué enterarse.

—Yo me enteraría. Y eso es suficiente.

Le sostuvo la mirada sin pestañear. Dionisio sintió que algo se le torcía por dentro, una mezcla de rabia y humillación que le resultaba insoportable. Aquella muchacha lo estaba rechazando. A él, que había tenido a cientos de mujeres. ¿Quién se creía que era?

—Está bien —dijo, esforzándose por mantener la compostura—. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Salió de la cocina con la dignidad que pudo reunir, pero por dentro hervía. En el pasillo se cruzó con Manuela, el ama de llaves, que lo miró con una expresión que a Dionisio le pareció de reproche. Aquella vieja metiche. Seguramente había visto u oído algo. Tendría que andarse con cuidado.

Subió a su habitación y se sirvió otro whisky del minibar. Se sentó junto a la ventana y bebió mirando la oscuridad del jardín. El rechazo de María le dolía más de lo que quería admitir. No era solo el deseo frustrado; era la confirmación de algo que llevaba tiempo temiendo. Se estaba volviendo viejo, patético. Las mujeres ya no lo miraban con deseo sino con incomodidad, a veces con asco. El arma que había usado toda su vida se estaba oxidando y pronto sería inservible.

Pensó en su hermano. Amadeo siempre lo había despreciado por su forma de vida, siempre lo había tratado como a un crío irresponsable que necesitaba supervisión. Y lo peor era que tenía razón. Dionisio nunca había hecho nada útil, nunca había construido nada, nunca había sido capaz de mantener una relación que no se basara en el interés o el engaño. Había gastado su existencia persiguiendo un placer que lo dejaba cada vez más vacío, y ahora, a los setenta años, no tenía nada: ni esposa, ni hijos, ni amigos, ni oficio. Solo la asignación mensual que Amadeo le pasaba y que podía cortar en cualquier momento.

Eso era lo que más le preocupaba del anuncio de aquella noche. Algo importante que comunicar. Si Amadeo había decidido modificar el testamento, Dionisio estaba perdido. Su hermano llevaba años amenazando con dejarlo de la herencia si no cambiaba de vida, y Dionisio había hecho oídos sordos creyendo que nunca cumpliría. Pero ahora no estaba tan seguro. Amadeo había cambiado en los últimos meses, se lo notaba más distante, más resuelto. Como si hubiera tomado decisiones que ya no tenían vuelta atrás.

Tenía que averiguar qué se proponía. Tenía que asegurarse de que no lo dejaba en la calle.

Se levantó y salió de la habitación. El pasillo estaba desierto. Caminó hasta el estudio de Amadeo y vio luz bajo la puerta. Su hermano seguía despierto. Pensó en llamar, en hablar con él directamente, pero descartó la idea. Amadeo no le diría nada. Nunca le decía nada.

Se quedó allí unos segundos, indeciso. Luego oyó pasos en la escalera y se apartó rápidamente. Era Herminia, que subía con un vaso de leche caliente en la mano.

—Dionisio. ¿Qué haces aquí?

—Nada. Iba a mi cuarto.

Herminia lo miró con suspicacia pero no dijo nada. Siguió su camino y desapareció por el pasillo. Dionisio esperó a que cerrara su puerta y luego bajó las escaleras. Necesitaba aire, necesitaba moverse, necesitaba hacer algo con la ansiedad que lo estaba devorando.

Salió al jardín por la puerta lateral. La noche era fresca y olía a hierba mojada. Caminó entre los parterres hasta llegar a la pérgola que había junto al lago artificial. Se sentó en uno de los bancos de piedra y encendió un cigarrillo. El humo le llenó los pulmones y lo calmó un poco.

Desde allí podía ver la fachada trasera de la casa, las ventanas iluminadas, las siluetas que a veces se movían detrás de los visillos. Su familia. Aquella gente con la que compartía sangre pero casi nada más. Los veía una o dos veces al año, en reuniones como esta, y cada vez le costaba más soportarlos. Felipa con su altivez insufrible, los sobrinos con sus problemas y sus miserias. Todos pendientes del dinero de Amadeo, todos esperando su parte.

¿Y él era distinto? No. Era exactamente igual. Quizá peor, porque al menos los demás tenían la excusa de ser hijos. Él solo era el hermano parásito, el gorrón de la familia, el que nunca había dado nada y siempre había tomado. Aplastó el cigarrillo en el banco y encendió otro. A lo lejos, un perro ladró. Dionisio pensó en la vida que podría haber tenido si hubiera hecho las cosas de otra manera. Si hubiera estudiado una carrera, trabajado en serio, formado una familia. Pero esos pensamientos eran inútiles. El pasado estaba hecho y no había forma de cambiarlo. Solo quedaba el presente, y el presente era un viejo solo en un jardín, preocupado por una herencia que tal vez nunca llegaría.

Se quedó allí más de una hora, fumando y bebiendo de una petaca que llevaba en el bolsillo. Cuando por fin se levantó para volver a la casa, estaba medio borracho y el frío le había calado los huesos. Entró por la misma puerta lateral y subió las escaleras agarrándose a la barandilla.

Al pasar frente al estudio de Amadeo se detuvo. La luz seguía encendida. Su hermano no dormía, igual que él. Quizá también estaba preocupado, quizá también sentía el peso de todo lo que había hecho y dejado de hacer. O quizá simplemente estaba trabajando, como siempre, porque Amadeo no conocía otra forma de existir.

Dionisio levantó la mano para llamar a la puerta pero se detuvo a medio gesto. ¿Qué iba a decirle? ¿Que tenía miedo, que se sentía solo, que lamentaba haber desperdiciado su vida? Amadeo lo miraría con esa expresión de decepción contenida que Dionisio conocía tan bien y le diría que era muy tarde para lamentos. Y tendría razón.

Bajó la mano y siguió hacia su habitación. Ya habría tiempo mañana para hablar, para intentar averiguar qué estaba pasando. Ahora solo quería dormir y olvidarse de todo durante unas horas.

Se desvistió y se metió en la cama sin lavarse los dientes. Antes de cerrar los ojos pensó otra vez en María, en su rechazo tranquilo, en la firmeza de su mirada. Aquella muchacha tenía algo que él había perdido hacía mucho tiempo, si es que alguna vez lo tuvo. Dignidad, quizá. O simplemente respeto por sí misma.

Dionisio cerró los ojos y dejó que el alcohol lo arrastrara hacia el sueño. En sus sueños seguía siendo joven y guapo, y las mujeres lo deseaban, y la vida era una fiesta interminable. Pero incluso en sueños había algo triste, algo hueco, como una música alegre que suena en una habitación vacía.

Afuera, la noche avanzaba sobre Los Fresnos. En unas horas amanecería y comenzaría el séptimo día. El último día de Amadeo Ortiz de Rosas sobre la tierra. Pero eso Dionisio no lo sabía. Nadie lo sabía todavía.

CAPÍTULO IV

La avaricia de Herminia

Herminia Gutiérrez de Barcenilla nunca olvidó el día en que comprendió que no tendría nada. Tenía catorce años y estaba sentada en el salón de la casa de Reinos, escuchando a su madre explicarle a Felipa cómo debía comportarse para atrapar a un buen marido. Los hombres quieren mujeres con clase, decía. Mujeres que sepan estar, que sepan callar, que sepan mirar de cierta manera. Tu hermana es demasiado tímida, demasiado blanda. Pero tú, Felipa, tú tienes lo que hace falta.

Herminia escuchó aquello desde el pasillo, sin que la vieran, y sintió que algo se le rompía por dentro. Su madre la había descartado. No valía la pena invertir en ella porque no iba a dar frutos. Era la hermana fea, la hermana tonta, la que se quedaría para vestir santos mientras Felipa conquistaba el mundo.

Desde aquel día, Herminia empezó a guardar. Primero fueron cosas pequeñas: monedas que encontraba en la calle, botones, trozos de tela. Luego, cuando empezó a trabajar como dependienta en una mercería, apartaba una parte de su sueldo antes de entregárselo a su madre. Escondía los billetes en una caja de lata que guardaba debajo de una tabla suelta del armario. Nadie sabía que existía. Era su secreto, su seguridad, la prueba de que ella también podía tener algo propio.

Cuando Felipa se casó con Amadeo, Herminia creyó que su suerte cambiaría. Su hermana era rica ahora y seguramente la ayudaría, la sacaría de aquella vida gris, le encontraría un marido adecuado. Pero Felipa no hizo nada de eso. La invitaba a las fiestas para que sirviera de comparación favorable, le regalaba ropa usada que ya no quería, le permitía quedarse en casa unos días cuando no tenía dónde ir. Caridad disfrazada de generosidad, limosnas envueltas en papel de seda. Y siempre, siempre, dejando claro quién daba y quién recibía.

Herminia aguantó durante años. Aguantó los desprecios, las humillaciones veladas, el trato de pariente pobre. Aguantó porque no tenía alternativa y porque, en el fondo, seguía creyendo que un día las cosas cambiarían. Pero las cosas no cambiaron. Pasaron los años y Herminia seguía sola, sin marido, sin hijos, sin casa propia, viviendo de la caridad de su hermana y su cuñado.

Fue entonces cuando descubrió su talento. Resultó que era buena con los números, mucho mejor que Felipa, que apenas sabía sumar. Empezó llevando las cuentas de la casa, controlando los gastos del servicio, negociando con proveedores. Amadeo se dio cuenta de su habilidad y le encargó algunas tareas administrativas menores. Herminia las hizo bien y él le encargó más. Poco a poco fue ganando un lugar, no como familia sino como empleada útil, pero al menos era algo.

Y entonces empezó a prestar dinero.

Comenzó con pequeñas cantidades, a criados que necesitaban un adelanto o a conocidos que andaban apurados. Cobraba un interés razonable, nada escandaloso, y siempre recuperaba lo prestado. La gente pagaba porque

Herminia era discreta y porque la alternativa era acudir a prestamistas profesionales que cobraban mucho más. El negocio creció. Herminia fue acumulando capital y reinvirtiéndolo, siempre en efectivo, siempre sin dejar rastro.

Con el tiempo se volvió más audaz. Prestó a comerciantes, a pequeños empresarios, incluso a algún conocido de la familia que no quería que Amadeo supiera de sus apuros. Los intereses subieron. Los plazos se acortaron. Herminia descubrió que le gustaba aquel poder, la sensación de tener a otros en sus manos, de ser ella quien decidía si alguien comía o pasaba hambre. Después de toda una vida siendo la débil, la ignorada, la descartada, por fin tenía algo que los demás necesitaban.

Guardaba los pagarés en una carpeta que llevaba siempre consigo. Docenas de documentos firmados, pruebas de deudas que sumaban una cantidad considerable. Algunos de aquellos pagarés eran de miembros de la propia familia. Dimas le debía treinta mil euros que había pedido prestados para cubrir unas pérdidas de juego. Dionisio le debía quince mil de una época en que Amadeo le había cortado temporalmente la asignación. Incluso Teresa le debía cinco mil de hacía años, un préstamo que pidió para un negocio que fracasó y que nunca había devuelto.

Herminia no reclamaba esas deudas. Las guardaba. Sabía que un pagaré era más valioso como amenaza que como dinero cobrado. Mientras tuviera aquellos documentos, tenía poder sobre sus deudores. Podían despreciarla, ignorarla, tratarla como a una criada, pero en el fondo le debían y eso los hacía vulnerables.

El problema era Amadeo. De alguna manera se había enterado de sus actividades. Quizá alguien le fue con el cuento, quizá lo descubrió revisando cuentas. Tres meses atrás la había llamado a su despacho y le había hablado con una frialdad que Herminia no le conocía.

—Sé lo que haces —le dijo—. Sé lo de los préstamos, lo de los intereses, lo de los pagarés. Se acabó.

Herminia intentó negarlo pero Amadeo no la dejó hablar.

—Tienes un mes para devolver todo lo que hayas cobrado de más. Todo. Si no lo haces, te denuncio por usura y te echo de esta familia.

Fue como una bofetada. Herminia salió de aquel despacho temblando de rabia y de miedo. Devolver lo cobrado de más significaba perder casi todo lo que había acumulado en años. Pero la amenaza de Amadeo era real. Él no era como Felipa, que ladraba pero no mordía. Amadeo cumplía sus amenazas.

Aquella noche, en su habitación de Los Fresnos, Herminia sacó la carpeta de pagarés y los revisó uno por uno. Treinta y siete documentos. Ciento ochenta mil euros en total. Su fortuna. Su seguridad. Lo único que tenía.

No podía devolverlo. No quería devolverlo. Era suyo, lo había ganado ella, con su trabajo, con su astucia, con su paciencia. ¿Con qué derecho Amadeo

le exigía que lo entregara? Él, que tenía mil quinientos millones, que nadaba en dinero, que nunca había sabido lo que era necesitar. Él no entendía. No podía entender lo que significaba para alguien como ella tener algo propio, aunque fuera poco, aunque fuera conseguido de manera turbia.

Pero si no obedecía, Amadeo cumpliría su amenaza. La denunciaría, la echaría de la familia, la dejaría en la calle. A sus sesenta y nueve años, sin nada. La perspectiva era aterradora.

Guardó los pagarés y se quedó sentada en la cama, pensando. Tenía que haber una salida. Siempre la había. Solo necesitaba encontrarla.

Pensó en el anuncio de Amadeo durante la cena. Algo importante que comunicar. Seguramente era el testamento. Si Amadeo moría, el asunto de los préstamos moriría con él. Nadie más sabía, o al menos nadie que pudiera probarlo. Felipa no tenía ni idea de sus negocios. Los sobrinos eran demasiado estúpidos para darse cuenta. Herminia podría seguir como hasta ahora, cobrando sus intereses, acumulando su pequeño capital, asegurándose de que nadie volviera a descartarla nunca más.

Si Amadeo moría.

El pensamiento le vino solo, sin que lo buscara, y Herminia se asustó de sí misma. No, ella no era así. Ella no era capaz de eso. Solo estaba cansada, nerviosa, no pensaba con claridad.

Se levantó y fue al baño a mojarse la cara con agua fría. En el espejo vio a una mujer mayor con los ojos hundidos y la piel macilenta. Sesenta y nueve años y qué tenía para mostrarlo. Nada que pudiera verse, nada que pudiera exhibirse. Solo una carpeta de pagarés escondida en una maleta y un miedo cerval a perder lo poco que había conseguido.

Volvió a la habitación y se metió en la cama. Intentó dormir pero no pudo. Oía ruidos en la casa, pasos en el pasillo, puertas que se abrían y cerraban. Todos estaban inquietos aquella noche. Todos presentían que algo estaba a punto de cambiar.

Hacia las dos de la madrugada oyó que alguien bajaba las escaleras. Se levantó y entreabrió la puerta. Vio a Dionisio cruzar el vestíbulo y salir al jardín. Qué haría a esas horas. Probablemente nada bueno. Dionisio nunca hacía nada bueno.

Se quedó asomada un rato, vigilando. Vio luz en el estudio de Amadeo. Su cuñado tampoco dormía. Quizá estaba trabajando en el famoso testamento, decidiendo quién recibía qué, jugando a ser Dios con las vidas de todos ellos.

Herminia sintió una oleada de resentimiento tan intensa que le sorprendió. Toda su vida había dependido de otros: de su madre, de Felipa, de Amadeo. Toda su vida había tenido que mendigar, agradecer, bajar la cabeza. Y ahora, cuando por fin tenía algo propio, venía Amadeo a quitárselo. No era justo. No era justo.

Cerró la puerta y volvió a la cama. Se tapó hasta la barbilla y cerró los ojos con fuerza, como cuando era niña y quería que las pesadillas se fueran. Pero las pesadillas no se fueron. Se quedaron allí, dando vueltas en su cabeza, susurrándole cosas que no quería oír.

El mes que Amadeo le había dado vencía en dos semanas. Después vendría la denuncia, la expulsión, la ruina. A menos que algo lo impidiera. A menos que Amadeo no llegara a cumplir su amenaza.

Herminia apretó los párpados y rezó. No sabía muy bien a quién ni para qué, pero rezó. Rezó para que todo se resolviera, para que encontrara una salida, para que mañana fuera un día mejor.

Pero mañana no sería un día mejor. Mañana encontrarían a Amadeo muerto en su estudio y todo cambiaría para siempre. Y Herminia Gutiérrez de Barcenilla, con su carpeta de pagarés y su miedo cerval y su resentimiento de toda una vida, estaría entre los sospechosos.

Porque todos tenían razones para querer muerto a Amadeo. Y las razones de Herminia eran ciento ochenta mil.

CAPÍTULO V

La ira de Teresa

Teresa Ortiz de Rosas aprendió a gritar antes que a hablar. Era una niña difícil, decían los adultos. Lloraba por todo, se frustraba con facilidad, rompía los juguetes cuando no funcionaban como ella quería. Su madre intentó corregirla con disciplina, con castigos, con silencios que duraban días. Pero nada funcionaba. La rabia estaba dentro de Teresa como un animal enjaulado, y cuanto más intentaban domarla, más fuerte se volvía.

Con los años aprendió a disimular. Aprendió que las niñas buenas no gritan, no golpean, no dicen lo que piensan. Aprendió a sonreír cuando quería morder, a callarse cuando quería explotar, a guardarse la furia para cuando estuviera sola. Pero la furia no desaparecía por guardarla. Se acumulaba, se pudría, se convertía en algo peor. Teresa crecía por fuera y por dentro crecía también aquella cosa oscura que no sabía cómo llamar.

Su padre la ignoraba. Amadeo estaba siempre trabajando, viajando, ocupado en asuntos más importantes que una hija con mal carácter. Cuando estaba en casa apenas le dirigía la palabra, y cuando lo hacía era para señalar lo que había hecho mal. Teresa sacaba las mejores notas de su clase pero Amadeo solo veía el ocho en matemáticas. Teresa ganaba premios en el colegio pero Amadeo solo preguntaba por qué no había ganado también el de literatura. Nada era suficiente. Nunca sería suficiente.

Su madre era peor. Felipa no la ignoraba; la escrutaba. La examinaba con esos ojos fríos buscando defectos, imperfecciones, motivos de vergüenza. Teresa era demasiado brusca, demasiado directa, demasiado poco femenina. No sabía sentarse correctamente, no sabía modular la voz, no

sabía atraer a los hombres con sutileza. Eres como un toro en una cacharrería, le decía Felipa. Así nunca conseguirás nada.

Teresa consiguió cosas, pero no las que su madre quería. Se casó a los veintitrés años con un compañero de universidad, un matrimonio precipitado que duró cuatro años y terminó con gritos, platos rotos y una orden de alejamiento. Se casó otra vez a los treinta y dos, convencida de que había aprendido la lección, y otra vez terminó igual: discusiones que escalaban hasta la violencia verbal, puertas que se cerraban de golpe, amenazas que ninguno de los dos sabía cómo retirar. El segundo marido se llevó a la hija de ambos y Teresa apenas la veía desde entonces. Claudia tenía ahora diecinueve años y respondía a los mensajes de su madre con monosílabos, cuando respondía.

Los negocios fueron igual. Teresa tenía ideas, energía, ambición. Lo que no tenía era paciencia. Se asociaba con gente y luego se peleaba con ellos. Montaba empresas y luego las hundía por conflictos con proveedores, empleados, clientes. Había intentado una tienda de decoración, una agencia de viajes, una consultoría de imagen. Todas habían fracasado. Todas habían terminado con Teresa gritándole a alguien y ese alguien marchándose para no volver.

Su padre había financiado cada uno de aquellos proyectos. Al principio con esperanza, luego con resignación, finalmente con desprecio apenas disimulado. El último intento había sido una galería de arte en Bilbao. Teresa estaba convencida de que esta vez funcionaría. Había hecho los números, había encontrado el local perfecto, había contactado con artistas prometedores. Solo necesitaba doscientos mil euros para empezar.

Amadeo la recibió en su despacho de Santander tres meses atrás. La escuchó en silencio mientras ella exponía el proyecto, los planos, las proyecciones de beneficios. Cuando terminó, él se quedó mirándola unos segundos antes de hablar.

—No.

Teresa sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

—¿No? ¿Sin más? ¿Ni siquiera vas a pensarlo?

—Lo he pensado. La respuesta es no.

—Pero si ni siquiera has mirado los números. Esto es diferente, padre. Esta vez he hecho las cosas bien.

—Eso dijiste la vez anterior. Y la anterior. Y la anterior.

—Entonces qué quieres que haga. ¿Que me rinda? ¿Que me quede sentada esperando a que te mueras para heredar?

Amadeo la miró con una expresión que Teresa no supo interpretar.

—Quiero que maduras —dijo—. Quiero que aprendas a controlar esa rabia que llevas dentro y que destruye todo lo que tocas. Quiero que por una vez en tu vida aceptes que el problema no son los demás sino tú.

Teresa se quedó muda. Nadie le había hablado así. Nadie se había atrevido.

—Tienes cuarenta y nueve años —continuó Amadeo—. Dos matrimonios fracasados, una hija que no te habla, una ristra de negocios hundidos. ¿Cuánto más necesitas para darte cuenta de que algo estás haciendo mal?

—Tú no sabes nada de mi vida.

—Sé lo suficiente. Sé que no puedes mantener una relación sin destruirla. Sé que explotas por cualquier cosa y luego te arrepientes pero ya es tarde. Sé que llevas toda la vida culpando a los demás de tus fracasos cuando la única responsable eres tú.

Teresa se levantó de la silla. Le temblaban las manos.

—No tienes derecho a hablarme así.

—Tengo todo el derecho. Soy tu padre y te he mantenido durante años. Cada vez que has caído he estado ahí para recogerte. Pero ya basta. No voy a seguir financiando tu incapacidad de funcionar como un ser humano adulto.

—Eres un hijo de puta.

—Puede ser. Pero soy un hijo de puta que dice la verdad. Y la verdad es que hasta que no busques ayuda para ese problema de ira que tienes, no vas a conseguir nada. Ni en los negocios ni en la vida.

Teresa salió de aquel despacho dando un portazo que hizo temblar las paredes. Condujo de vuelta a Bilbao a ciento sesenta por hora, llorando de rabia, golpeando el volante, gritando sola en el coche. Cuando llegó a su apartamento destrozó un jarrón contra la pared y se cortó la mano recogiendo los pedazos.

Desde entonces no había hablado con su padre. Tres meses de silencio, de llamadas sin responder, de mensajes sin contestar. Y ahora aquella convocatoria a Los Fresnos, aquella orden de asistir como si nada hubiera pasado. Teresa había pensado en no ir. Había pensado en mandar a su padre a la mierda y quedarse en Bilbao. Pero al final fue. Fue porque necesitaba verlo a la cara, decirle lo que pensaba de él, demostrarle que no la había derrotado.

La noche de la cena, después de que Amadeo anunciara su misterioso comunicado, Teresa subió a su habitación y se quedó de pie junto a la ventana mirando el jardín oscuro. La rabia le latía en las sienes como siempre que pensaba en su padre. Pero había algo más aquella noche, algo que no sabía nombrar. Miedo, quizá. O tristeza. La sensación de que se le escapaba el tiempo para arreglar las cosas.

Oyó que llamaban a la puerta. Era su madre, con su propuesta absurda de espiar a Amadeo. Teresa la despachó con la brusquedad de siempre y se quedó sola otra vez.

No podía dormir. Se puso una chaqueta y bajó al jardín a fumar. Caminó entre los parterres hasta el banco de piedra junto al lago, el mismo donde

se sentaba de niña cuando quería escapar de la casa. Se sentó y encendió un cigarrillo. El humo le calmó un poco los nervios.

Pensó en lo que le había dicho su padre. Que el problema era ella. Que necesitaba ayuda. La idea le resultaba insoportable pero también, en algún rincón que no quería visitar, verdadera. Teresa sabía que su ira era excesiva. Sabía que decía cosas que no sentía, que hacía daño a la gente que quería, que luego se arrepentía pero el daño ya estaba hecho. Lo sabía desde hacía años. Pero saberlo no era lo mismo que cambiarlo, y cambiar era lo más difícil del mundo.

Se quedó en el jardín hasta que el frío la obligó a volver. Eran más de las dos de la madrugada. Entró en la casa en silencio y subió las escaleras. Al pasar frente al estudio de su padre vio luz bajo la puerta. Él tampoco dormía.

Se detuvo. Podía llamar. Podía entrar y hablar con él, intentar arreglar las cosas, pedirle perdón por lo que le había dicho. Pero las palabras se le atascaban en la garganta. El orgullo, la rabia, el miedo a ser rechazada otra vez. Levantó la mano hacia la puerta y la mantuvo allí unos segundos. Luego la bajó.

Mañana, pensó. Mañana hablaré con él.

Siguió hacia su habitación y cerró la puerta. Se metió en la cama vestida y se quedó mirando el techo. Las últimas palabras que le había dicho a su padre resonaban en su cabeza. Ojalá te murieras. Lo había dicho sin pensar, en el calor de la discusión, como decía tantas cosas. No lo sentía de verdad. No lo sentía.

¿O sí?

Teresa cerró los ojos y intentó vaciar la mente. Pero la mente no se vaciaba. Seguía llena de rabia, de dolor, de cosas que no sabía cómo manejar. La misma mente que llevaba toda la vida saboteándola, destruyendo todo lo que tocaba, quemando puentes que luego no podía reconstruir.

Mañana hablaré con él, se repitió. Mañana arreglaré las cosas.

Pero mañana sería demasiado tarde. Mañana encontrarían a Amadeo muerto y Teresa Ortiz de Rosas, la hija que le había deseado la muerte la última vez que hablaron, tendría que vivir con esas palabras para siempre.

Ojalá te murieras.

Hay frases que no se pueden retirar. Hay frases que te persiguen hasta la tumba.

CAPÍTULO VI

La gula de Dimas

Dimas Ortiz de Rosas fue un niño hermoso. En las fotografías familiares aparece con el pelo rubio rizado, los ojos grandes y claros, una sonrisa que derretía a cualquiera. Era el favorito de su madre, el único de los cuatro

hijos que Felipa miraba con algo parecido a la ternura. Lo vestía como un príncipe, lo exhibía ante las visitas, lo cubría de besos y de dulces. Dimas aprendió muy pronto que el amor venía envuelto en papel de caramelo.

Cuando hacía algo bien, su madre lo premiaba con chocolate. Cuando se portaba mal y ella lo regañaba, luego le daba galletas para compensar. Cuando estaba triste o asustado, Felipa lo sentaba en su regazo y le ofrecía un trozo de tarta mientras le acariciaba el pelo. El mensaje era claro aunque nunca se dijera en voz alta: la comida es consuelo, la comida es amor, la comida es lo que te dan cuando te quieren. Dimas interiorizó esa lección antes de aprender a leer.

Su padre era otra historia. Amadeo quería un heredero, alguien que continuara su obra, que tuviera su misma ambición y su misma dureza. Pero Dimas era blando. Lloraba con facilidad, rehuía los conflictos, prefería quedarse en casa leyendo a salir a competir con otros niños. Amadeo intentó endurecerlo con deportes, con campamentos, con exigencias que el niño no podía cumplir. Lo apuntó a fútbol y Dimas se quedaba parado en el campo sin saber qué hacer con la pelota. Lo llevó a cazar y Dimas lloró cuando vio al primer conejo muerto. Lo mandó a un campamento militar de verano y Dimas volvió a las dos semanas con un ataque de ansiedad.

Cada fracaso era un reproche silencioso, cada muestra de debilidad una decepción más. Amadeo dejó de intentarlo cuando Dimas tenía trece años. Simplemente se apartó, como quien da por perdida una inversión. A partir de entonces lo trataba con una cortesía fría que era peor que el desprecio abierto. Dimas habría preferido que le gritara, que lo castigara, que hiciera algo. Pero su padre no hacía nada. Lo miraba como si fuera un mueble, un objeto inerte que ocupaba espacio sin aportar valor.

Dimas encontró consuelo donde siempre lo había encontrado. Cuando su padre lo ignoraba, asaltaba la despensa. Cuando se sentía solo, pedía repetir en las comidas. Cuando tenía miedo o vergüenza o tristeza, comía hasta que el estómago le dolía y por un rato dejaba de sentir. La comida no lo juzgaba, no le exigía nada, no lo miraba con decepción. La comida simplemente estaba ahí, disponible, incondicional. Era la única forma de amor que Dimas sabía reconocer.

A los doce años ya era un niño gordo. A los dieciséis, obeso. El cuerpo que había sido esbelto y ágil se convirtió en una masa pesada que le costaba mover. Los compañeros de colegio se burlaban de él y Dimas volvía a casa a comer para olvidar las burlas. Los médicos hablaban de dietas, de ejercicio, de fuerza de voluntad. Pero la fuerza de voluntad no servía contra aquella necesidad imperiosa de llenarse, de tapar el vacío que sentía dentro. Dimas hacía dieta durante unos días, pasaba hambre, contaba calorías, y luego caía ante un plato de pasta o una bolsa de patatas fritas y todo el esfuerzo se iba al traste. Perdía cinco kilos y recuperaba diez. Cada fracaso lo hundía más y cada hundimiento lo llevaba a comer más. Un círculo vicioso del que no sabía cómo salir.

Estudió empresariales porque su padre lo exigió, aunque él habría preferido literatura o historia del arte. Se sacó la carrera a duras penas, copiando en los exámenes, pagando a otros para que le hicieran los trabajos, sin interés ni ilusión por nada de lo que estudiaba. Cuando terminó, Amadeo lo puso a trabajar en una de sus empresas, en un puesto menor que debía ser el primer peldaño de una larga escalera. Pero Dimas no subió ningún peldaño. Se quedó atascado, incapaz de tomar decisiones, incapaz de imponerse a sus subordinados, incapaz de hacer nada que requiriera iniciativa o riesgo.

A los treinta años su padre lo sacó de la empresa. No hubo discusión ni explicaciones. Simplemente un día llegó a la oficina y su despacho estaba vacío. Sus cosas estaban en una caja junto a la puerta y el guardia de seguridad lo esperaba para acompañarlo a la salida. La humillación fue absoluta. Dimas tuvo que cruzar la planta con la caja en los brazos mientras sus antiguos compañeros lo miraban. Algunos con lástima, otros con satisfacción apenas disimulada. El hijo del jefe que no servía para nada, por fin puesto en su sitio.

Amadeo le asignó una renta mensual generosa y lo mandó a casa. Dimas entendió el mensaje: eres un inútil, no sirves para nada, quédate en un rincón y no estorbes. Y eso hizo. Se quedó en un rincón durante años, viviendo de aquella renta, sin trabajar, sin hacer nada productivo, viendo pasar los días entre comidas copiosas y maratones de series de televisión.

Se casó a los treinta y dos con Elena, una mujer que lo quería o eso creía él. Se habían conocido en un grupo de apoyo para personas con trastornos alimentarios y ella parecía entender su problema, aceptarlo con sus defectos, quererlo a pesar de todo. Tuvieron dos hijos, un niño y una niña. Durante unos años Dimas fue casi feliz. Tenía una familia, una casa, un propósito. Se esforzaba por comer menos, por moverse más, por ser el padre que él nunca había tenido.

Pero el peso seguía subiendo. Por cada kilo que perdía recuperaba dos. Las dietas duraban semanas y luego venían los atracones, las noches asaltando la nevera mientras Elena dormía, las bolsas de comida basura escondidas en el coche. Con el peso vinieron los problemas de salud: la diabetes, la hipertensión, la apnea del sueño que lo hacía roncar como un animal y despertarse agotado. Y con los problemas de salud vino el cansancio, la vergüenza de no poder jugar con sus hijos ni subir una escalera sin ahogarse, la sensación de ser una carga para todos.

Elena empezó a mirarlo de otra manera. Ya no era comprensión lo que Dimas veía en sus ojos sino algo más frío, más distante. Hastío, quizá. O decepción. La misma decepción que había visto en los ojos de su padre toda la vida. Una noche, después de que Dimas devorara una tarta entera a escondidas y Elena encontrara el envase vacío en la basura, ella le dijo que no podía más.

—He intentado ayudarte —le dijo con la voz rota—. He intentado entenderte, apoyarte, querer al hombre que hay debajo de todo eso. Pero

no puedo seguir viéndote destruirte. No puedo seguir viendo cómo les enseñas a nuestros hijos que así es como se vive.

El divorcio fue rápido y doloroso. Elena se quedó con los niños y con la casa. Dimas volvió a vivir solo, en un apartamento demasiado grande donde solo se oía el zumbido del frigorífico. Los niños lo visitaban un fin de semana al mes y cada vez parecían más incómodos con él, más ansiosos por volver con su madre. Marcos, el mayor, apenas le hablaba. Lucía, la pequeña, lo miraba con una mezcla de pena y vergüenza que a Dimas le partía el alma. Cada vez que se iban comía hasta vomitar.

Ahora pesaba ciento cuarenta kilos. Le costaba caminar, le costaba respirar, le costaba atarse los zapatos. Los médicos le advertían que si seguía así no llegaría a los sesenta, pero las advertencias no servían de nada. Había probado todas las dietas, todos los tratamientos, todas las terapias. Nada funcionaba. La comida era lo único que tenía, lo único que lo calmaba, lo único que le daba placer en una vida que había dejado de tener sentido.

Y ahora también tenía deudas.

Había empezado con el juego, una distracción para las noches solitarias. Póker en línea, apuestas deportivas, casinos virtuales. La emoción del riesgo, la descarga de adrenalina, la ilusión de que la próxima apuesta sería la buena. Al principio ganaba a veces y perder no importaba demasiado. Pero luego empezó a perder más, a apostar más para recuperar lo perdido, a pedir préstamos para seguir jugando.

Le debía dinero a los bancos, a financieras, a su tía Herminia. Treinta mil euros a Herminia, con intereses que crecían cada mes. Había vendido el coche de lujo que su padre le regaló por su cuadragésimo cumpleaños, había empeñado el reloj de oro, había malvendido acciones de la empresa familiar que su padre le había dado años atrás. Las acciones eran lo peor. Amadeo se las había dado como parte de su herencia anticipada, para que tuviera un patrimonio propio, y Dimas las había vendido a precio de saldo a un competidor que llevaba años intentando hacerse con una participación en la empresa.

Cuando Amadeo se enteró, la conversación fue breve y terrible.

—Has vendido acciones de mi empresa a Larrañaga —dijo Amadeo con una calma que daba miedo—. El hombre que lleva veinte años intentando hundirme, y tú le has dado un tres por ciento de mi empresa por la mitad de lo que valían.

—Necesitaba el dinero, padre. No tenía alternativa.

—Siempre hay alternativa. Podrías haber venido a mí.

—Para que me humillaras otra vez. Para que me dijeras que soy un fracasado, un inútil, una vergüenza para el apellido.

—Eso es lo que eres. Pero sigo siendo tu padre y te habría ayudado.

—No quiero tu ayuda. No quiero nada de ti.

Amadeo lo miró unos segundos en silencio. Había algo en sus ojos que Dimas no supo interpretar. Tristeza, quizá. O cansancio. O simplemente la confirmación de algo que llevaba años sospechando.

—Está bien —dijo finalmente—. No tendrás nada de mí.

Desde entonces no se habían hablado. Dimas vivía de la renta mensual que su padre no le había cortado todavía, pero sabía que podía hacerlo en cualquier momento. Si Amadeo lo desheredaba, estaba perdido. Las deudas lo ahogarían, perdería el apartamento, acabaría en la calle.

La noche de la cena en Los Fresnos, Dimas comió más que nadie. Sentía las miradas de los demás pero le daba igual. Que miraran. Que juzgaran. Él sabía lo que pensaban de él y hacía tiempo que había dejado de importarle. Comer era lo único que podía hacer en aquella casa llena de gente que lo despreciaba.

Después de cenar subió a su habitación y vació el minibar. Chokolatinas, galletas, frutos secos, todo lo que había. Se lo comió de pie, con ansia, casi sin masticar. Luego se sentó en la cama con el estómago a punto de reventar y se quedó mirando la pared. El anuncio de su padre le daba vueltas en la cabeza. Algo importante que comunicar. Solo podía ser el testamento. Y si era el testamento, Dimas estaba muerto.

Se levantó y fue al baño. Se miró en el espejo y vio a un hombre monstruoso. La cara hinchada, el cuello que desaparecía entre los pliegues de grasa, el cuerpo deforme que apenas cabía en el reflejo. Aquello era él. Aquello era en lo que se había convertido. El niño hermoso de las fotografías, el favorito de su madre, convertido en esto.

Sintió ganas de llorar pero las lágrimas no salían. Hacía años que no lloraba. Las lágrimas se habían secado junto con todo lo demás.

Volvió a la habitación y se asomó a la ventana. Vio una figura en el jardín, alguien que caminaba hacia el lago. Teresa, probablemente, con sus cigarrillos y su insomnio. Pensó en bajar al estudio de su padre y hablar con él. Pedirle perdón, prometerle que cambiaría, suplicarle una última oportunidad. Pero sabía que no serviría de nada. Su padre había tomado una decisión y cuando Amadeo tomaba una decisión no había vuelta atrás.

Se tumbó en la cama vestido y cerró los ojos. El estómago le pesaba como una piedra. Mañana, pensó. Mañana sabré qué va a pasar conmigo.

Pero mañana su padre estaría muerto. Y Dimas Ortiz de Rosas, el hijo que había traicionado a la empresa familiar vendiéndole acciones a un competidor, tendría que responder muchas preguntas.

Porque todos tenían motivos para querer muerto a Amadeo. Y los motivos de Dimas se contaban en kilos y en euros.

CAPÍTULO VII

La envidia de Arcadia

Arcadia Ortiz de Rosas nació en el lugar equivocado. No en términos geográficos ni sociales, pues vino al mundo en una clínica privada de Santander y fue recibida con todo el confort que el dinero puede comprar. El lugar equivocado era otro: el orden de los hijos. Tercera de cuatro, precedida por Teresa la primogénita y Dimas el favorito de mamá, seguida por Heliodoro el benjamín. Arcadia creció en tierra de nadie, sin un rol definido, sin un lugar propio en la constelación familiar.

Teresa acaparaba la atención de su padre por ser la mayor, la depositaria de las expectativas. Dimas monopolizaba el afecto de su madre, que lo mimaba hasta el empalago. Heliodoro, por ser el pequeño, recibía las indulgencias que se reservan al último. Y Arcadia quedaba en medio, invisible, ignorada, preguntándose siempre qué tenían los demás que ella no tuviera.

La respuesta llegó pronto: todo. Los demás lo tenían todo y ella no tenía nada. Teresa tenía la primogenitura, Dimas el cariño, Heliodoro la libertad. Y fuera de la familia era peor. Sus compañeras de colegio tenían el pelo más bonito, las notas más altas, los novios más guapos. Sus primas tenían más vestidos, más juguetes, más viajes. Por donde mirara, Arcadia veía gente que poseía lo que ella deseaba, gente cuya existencia era un reproche a la suya.

Su madre no ayudaba. Felipa tenía la costumbre de comparar a sus hijos entre sí y con los hijos de otras familias, siempre en detrimento de quien tuviera delante. A Teresa le decía que fulanita era más femenina. A Dimas, que menganito era más deportista. A Arcadia le decía de todo: que su prima Covadonga era más guapa, más elegante, más simpática. Que la hija de los Zubiaurre había entrado en una universidad mejor. Que la sobrina de no sé quién se había casado con un médico mientras que Arcadia seguía soltera. Cada comparación era una puñalada, y Arcadia acumuló tantas que acabó por convertirse en una herida andante.

Lo de Covadonga era lo peor. Covadonga Méndez de Sotomayor era hija de una prima segunda de Felipa, una rama de la familia que había conservado su fortuna mientras los Gutiérrez de Barcenilla perdían la suya. Covadonga tenía todo lo que Arcadia quería: belleza, dinero propio, un marido que la adoraba, una casa en Madrid y otra en Marbella, dos hijos perfectos que salían en las revistas. Cada vez que Felipa mencionaba a Covadonga, que era a menudo, Arcadia sentía que le clavaban un cuchillo en el estómago.

Lo irónico era que Covadonga no había hecho nada para merecer su suerte. Había nacido en la familia correcta, se había casado con el hombre correcto, y la vida le había sonreído sin que ella moviera un dedo. No era más lista que Arcadia ni más trabajadora ni mejor persona. Simplemente había tenido suerte. Y la suerte, como todo el mundo sabe, es injusta.

Arcadia intentó competir. Estudió económicas para tener una carrera prestigiosa. Se casó a los veintiocho con un abogado de buena familia que parecía un buen partido. Se esforzó por tener la casa perfecta, la ropa

perfecta, la vida perfecta. Pero nada funcionaba. El marido resultó ser un mediocre que nunca ascendía en el bufete. La casa era bonita pero no tanto como la de Covadonga. La ropa era cara pero siempre había alguien con ropa más cara. Y para colmo no podía tener hijos, lo cual su madre le recordaba cada vez que veía a los de Covadonga en Instagram.

El matrimonio duró doce años, los últimos cinco por inercia. Cuando se divorciaron, Arcadia se quedó con el apartamento de Santander y una pensión modesta que apenas le daba para mantener las apariencias. Volvió a depender de la asignación que su padre le pasaba, igual que sus hermanos, igual que siempre. A los cuarenta y cinco años era una mujer divorciada, sin hijos, sin profesión, sin nada propio. Exactamente lo que Felipa había predicho.

Pero Arcadia tenía algo que los demás no sospechaban: información. Durante años había cultivado el arte de escuchar detrás de las puertas, de revisar papeles ajenos, de atar cabos. Sabía cosas de su familia que nadie sabía que ella sabía. Sabía lo de los préstamos de Herminia. Sabía lo de las deudas de Dimas. Sabía lo de las aventuras de Dionisio. Sabía lo de la discusión entre Teresa y su padre. Y hacía dos semanas había descubierto algo más.

Fue por casualidad. Había ido a Santander a recoger unos documentos de su divorcio y decidió pasar por el despacho de su padre a saludarlo. La secretaria le dijo que Amadeo estaba reunido y que esperara en la sala contigua. Arcadia esperó, aburrida, hojeando revistas viejas, hasta que oyó voces al otro lado de la pared. Su padre hablaba con alguien por teléfono, y aunque el sonido era amortiguado, Arcadia distinguió algunas palabras. Testamento. Fideicomiso. Condiciones.

Se pegó a la pared y aguzó el oído. No entendió todo pero entendió lo suficiente. Su padre había hecho un testamento nuevo. La herencia no se repartiría directamente sino a través de un fideicomiso con condiciones. Cada heredero tendría que cumplir ciertos requisitos para acceder a su parte. Arcadia no supo cuáles eran esos requisitos, pero la idea le heló la sangre.

¿Y si las condiciones eran imposibles de cumplir? ¿Y si su padre había diseñado el testamento para castigarlos, para humillarlos desde la tumba? Amadeo era perfectamente capaz de algo así. Siempre había sido un hombre controlador, incapaz de soltar las riendas ni siquiera después de muerto. Arcadia imaginó un testamento lleno de trampas legales, de cláusulas envenenadas, de pruebas que ninguno de ellos podría superar. Imaginó a Covadonga enterándose de que los Ortiz de Rosas habían perdido la fortuna y sonriendo con esa sonrisa suya de satisfacción discreta. La imagen le resultó insoportable.

Desde aquel día no había dejado de pensar en el testamento. Intentó averiguar más pero su padre se había vuelto hermético. Intentó sonsacar a la secretaria pero la mujer era una tumba. Intentó hablar con el notario de

siempre pero este le dijo que no sabía nada de ningún testamento nuevo. Amadeo había usado a otro notario, alguien de fuera, alguien que no conocía a la familia. Eso solo podía significar que quería mantener el secreto a toda costa.

La noche de la cena en Los Fresnos, Arcadia observó a su padre con atención. Buscaba señales, indicios, algo que le revelara sus intenciones. Pero Amadeo estaba impenetrable como siempre, con esa expresión de póker que había perfeccionado en décadas de negociaciones. Cuando anunció que tenía algo importante que comunicar, Arcadia sintió que el corazón se le detenía. Ahí estaba. El testamento. Mañana sabrían la verdad. Después de cenar subió a su habitación pero no pudo quedarse quieta. Caminaba de un lado a otro, se asomaba a la ventana, se sentaba en la cama y volvía a levantarse. La ansiedad la devoraba. Necesitaba saber qué había en ese testamento. Necesitaba saber si su padre la había castigado, si la había tratado peor que a los demás, si una vez más ella se llevaría la peor parte.

Pensó en bajar al estudio y enfrentarse a él directamente. Exigirle que le dijera la verdad, que dejara de jugar con ellos, que por una vez en su vida los tratara como adultos. Pero sabía que no serviría de nada. Amadeo no respondía a las exigencias. Amadeo hacía lo que quería cuando quería, y los demás tenían que aguantarse.

Salió al pasillo y miró hacia la escalera. La casa estaba en silencio. Podía bajar, acercarse al estudio, intentar escuchar algo. Era lo que mejor se le daba, al fin y al cabo. Escuchar, espiar, recoger migajas de información que los demás dejaban caer.

Bajó las escaleras con cuidado de no hacer ruido. El vestíbulo estaba oscuro, solo iluminado por la luz que salía de debajo de la puerta del estudio. Arcadia se acercó y pegó el oído a la madera. Silencio. Quizá su padre se había dormido, o quizá simplemente estaba sentado pensando, que era algo que hacía a menudo.

Probó el picaporte con suavidad. Cerrado. Maldijo en silencio y se apartó. Tendría que esperar a mañana como todos los demás.

Cuando se volvió para subir, vio una sombra en el pasillo del fondo. Alguien más estaba despierto, alguien más merodeaba por la casa. No distinguió quién era. La sombra desapareció antes de que pudiera identificarla.

Arcadia subió a su habitación con el corazón latiéndole en los oídos. No era la única que espiaba aquella noche. No era la única que quería saber qué tramaba Amadeo. La casa entera estaba en vilo, todos vigilando a todos, todos esperando el momento de actuar.

Se metió en la cama pero no pudo dormir. Pensó en su padre, en el testamento, en Covadonga, en todo lo que no tenía y debería tener. Pensó en la injusticia de haber nacido en el lugar equivocado de la familia, de haber crecido comparándose siempre con otros, de haber llegado a los

cuarenta y cinco años sin nada propio. La envidia le ardía en el pecho como una brasa que nunca se apagaba.

Si el testamento la perjudicaba, si su padre la dejaba menos que a los demás, Arcadia no sabía qué sería capaz de hacer. La rabia y el resentimiento acumulados durante toda una vida eran una carga demasiado pesada. En algún momento tendrían que explotar.

Pero ya era tarde para explosiones. Mañana encontrarían a Amadeo muerto y todo cambiaría. Y Arcadia Ortiz de Rosas, la hija envidiosa que había espiado a su padre y descubierto el secreto del testamento, tendría que explicar qué hacía merodeando por la casa a las dos de la madrugada.

Porque la envidia no mata directamente. Pero prepara el terreno para que otros lo hagan.

CAPÍTULO VIII

La pereza de Heliodoro

Heliodoro Ortiz de Rosas vino al mundo cansado. Eso decía su madre, medio en broma medio en serio, cuando relataba el parto. Treinta y seis horas de labor porque el niño no quería salir, no empujaba, no colaboraba. Tuvieron que sacarlo con fórceps, y cuando por fin estuvo fuera ni siquiera lloró. Se quedó mirando al médico con unos ojos grandes y oscuros, como preguntando por qué lo habían molestado.

Fue un bebé tranquilo, demasiado tranquilo. No lloraba por hambre ni por sueño ni por nada. Había que despertarlo para darle de comer porque si no se habría quedado dormido indefinidamente. Gateó tarde, caminó tarde, habló tarde. Los médicos lo examinaron buscando algún problema neurológico pero no encontraron nada. El niño estaba sano. Simplemente no tenía prisa por hacer las cosas.

En el colegio fue un alumno brillante cuando quería, que era casi nunca. Los profesores se desesperaban con él. Tenía una inteligencia evidente, captaba los conceptos a la primera, resolvía problemas que sus compañeros no entendían. Pero no hacía los deberes, no estudiaba para los exámenes, no entregaba los trabajos. Se sentaba al fondo del aula con la mirada perdida, como si estuviera en otra parte, como si nada de aquello fuera con él. Aprobaba raspando gracias a su capacidad natural, pero sus notas jamás reflejaron su potencial.

Su padre lo llamaba vago. Su madre, soñador. Sus hermanos, parásito. Heliodoro no se defendía de ninguno de esos calificativos. ¿Para qué? Tenían razón. Era vago, era soñador, era un parásito que vivía del dinero familiar sin aportar nada a cambio. Lo sabía y no le importaba, o al menos eso se decía a sí mismo. Importar requería energía, y la energía era precisamente lo que a Heliodoro le faltaba.

Empezó la carrera de Derecho porque su padre lo obligó. La dejó al segundo año. Empezó Económicas porque era lo que estudiaban sus hermanos. La

dejó al primero. Empezó Filosofía porque le interesaba vagamente. La dejó antes de terminar el primer cuatrimestre. Tres carreras abandonadas, tres intentos fallidos de convertirse en algo, tres decepciones más para un padre que ya había dejado de esperar nada de él.

Amadeo intentó otra estrategia. Si Heliodoro no servía para estudiar, quizá sirviera para trabajar. Lo colocó en una de sus empresas, en un puesto sencillo que no requería titulación. Heliodoro duró tres meses. Llegaba tarde, se iba temprano, pasaba las horas muertas mirando por la ventana. Cuando lo despidieron ni siquiera preguntó por qué. Ya lo sabía.

A los veinticinco años Heliodoro se instaló en un apartamento que su padre le compró y empezó a vivir de la asignación mensual que le pasaba. No trabajaba, no estudiaba, no hacía nada. Se levantaba al mediodía, veía películas, leía libros, navegaba por internet, salía a pasear sin rumbo. De vez en cuando quedaba con algún conocido para tomar algo, pero no tenía amigos de verdad. Los amigos requieren esfuerzo, compromiso, reciprocidad. Heliodoro no estaba dispuesto a dar nada de eso.

Las mujeres iban y venían. Heliodoro era guapo, tenía cierto encanto melancólico que algunas encontraban atractivo. Pero ninguna se quedaba mucho tiempo. Al principio les intrigaba su aire ausente, su forma de estar en el mundo sin pertenecer a él. Luego se daban cuenta de que no había nada detrás, que Heliodoro no iba a cambiar, que no tenía planes ni ambiciones ni ganas de construir nada con nadie. Se marchaban decepcionadas y Heliodoro las dejaba ir sin intentar retenerlas.

Lo que nadie entendía, lo que quizá ni él mismo entendía del todo, era que su pereza no era simple holgazanería. Era algo más profundo, más oscuro. Una desmotivación radical, una incapacidad de encontrar sentido a nada. Heliodoro miraba el mundo y no veía razones para participar en él. El trabajo le parecía una pérdida de tiempo absurda: pasarte la vida haciendo cosas que no te interesan para ganar dinero que gastarás en cosas que no necesitas. Las relaciones le parecían agotadoras: fingir interés, cumplir expectativas, sostener conversaciones vacías. Incluso los placeres le parecían insuficientes: comías y volvías a tener hambre, dormías y volvías a tener sueño, te divertías y volvías a aburrirte. Un ciclo interminable de esfuerzos que no llevaban a ninguna parte.

A veces pensaba que algo estaba mal en él, que debería ver a un psicólogo o tomar alguna medicación. Pero ir al psicólogo requería pedir cita, salir de casa, hablar de sus problemas. Demasiado esfuerzo. Así que seguía como estaba, flotando en una especie de limbo donde los días se sucedían idénticos y el tiempo pasaba sin dejar huella.

Su padre había intentado todo para sacarlo de aquel estado. Lo había amenazado, sobornado, suplicado. Nada funcionaba. Heliodoro escuchaba, asentía, prometía cambiar, y luego seguía exactamente igual. No era rebeldía ni desafío. Simplemente no podía hacer otra cosa. La inercia era más fuerte que él.

Pero hacía dos semanas algo había cambiado. Amadeo lo citó en su despacho de Santander y le habló con una seriedad que Heliodoro no le conocía.

—Voy a cortarte la asignación —le dijo sin preámbulos.

Heliodoro lo miró sin entender.

—¿Por qué?

—Porque tienes cuarenta y dos años y nunca has hecho nada en tu vida. Porque te he mantenido durante dos décadas esperando que maduraras y no has madurado. Porque me niego a seguir financiando tu existencia de parásito.

—Pero si me cortas la asignación no podré pagar el apartamento.

—Ese es el objetivo. Si no tienes donde caer muerto, quizá te decidas a buscar trabajo.

—No sé hacer nada, padre.

—Pues aprende. Todavía estás a tiempo.

Heliodoro salió de aquel despacho sintiendo algo que no había sentido en años: miedo. Un miedo frío, visceral, que se le instaló en el estómago y no se fue. Cortarle la asignación significaba perder el apartamento, la comida, la calefacción, todo. Significaba acabar en la calle, mendigando, durmiendo en un portal. Heliodoro no sabía hacer nada, no tenía contactos, no tenía capacidad de buscarse la vida. Sin el dinero de su padre estaba muerto.

Intentó hablar con él durante los días siguientes pero Amadeo no le devolvía las llamadas. Intentó hablar con su madre pero Felipa le dijo que se lo tenía merecido, que a ver si así espabilaba de una vez. Intentó hablar con sus hermanos pero ninguno quiso ayudarlo. Todos tenían sus propios problemas con Amadeo, todos estaban pendientes del maldito testamento.

La convocatoria a Los Fresnos fue un alivio y una tortura a la vez. Un alivio porque significaba ver a su padre, tener una oportunidad de convencerlo. Una tortura porque significaba enfrentarse a la familia, aguantar las miradas de desprecio, los comentarios velados, el juicio constante.

Llegó el último, como siempre. Se duchó sin prisa mientras los demás esperaban para cenar, porque la prisa era algo que Heliodoro había eliminado de su vida hacía mucho. Cuando bajó al comedor y vio las caras de impaciencia, no sintió culpa. La culpa también requería energía.

Durante la cena apenas habló. Comió poco, bebió menos, se limitó a observar a los demás. Su padre en la cabecera, impenetrable. Su madre a la derecha, altiva. Sus hermanos repartidos alrededor, cada uno encerrado en su propia burbuja de preocupación. Una familia de extraños unidos por la sangre y el dinero, nada más.

Cuando Amadeo anunció que tenía algo importante que comunicar, Heliodoro sintió un escalofrío. Ahí estaba. La sentencia. Mañana su padre confirmaría que lo desheredaba, que lo dejaba sin nada, que lo abandonaba

a su suerte. Y entonces qué. Heliodoro no tenía ahorros, no tenía propiedades, no tenía habilidades. Tenía cuarenta y dos años y nunca había ganado un euro por sí mismo.

Después de cenar subió a su habitación y se tumbó en la cama mirando el techo. Pensó en su vida, en todo lo que no había hecho, en las oportunidades desperdiciadas, en el tiempo perdido. Pensó en levantarse temprano al día siguiente, en bajar al estudio de su padre antes de que los demás despertaran, en hablar con él de hombre a hombre. Pedirle perdón, prometerle que cambiaría, suplicarle una última oportunidad.

Pero luego pensó en el esfuerzo que eso requería. Levantarse temprano, preparar un discurso, enfrentarse a su padre. Demasiado. Ya lo haría mañana en otro momento. O pasado mañana. O nunca.

Se quedó dormido sin desvestirse ni apagar la luz. Un sueño pesado, sin sueños, como un anticipo de la muerte. Afuera la noche seguía su curso sobre Los Fresnos. Alguien merodeaba por los pasillos, alguien bajaba al jardín, alguien se acercaba al estudio donde Amadeo permanecía despierto. Pero Heliodoro no oyó nada. Heliodoro dormía como había vivido: ajeno a todo, ausente, perdido en su propio vacío.

Cuando despertó ya era tarde. Siempre era tarde. Bajó al comedor a media mañana esperando encontrar el desayuno servido y lo que encontró fue a su madre llorando, a sus hermanos pálidos, a Manuela temblando en una esquina.

Su padre había muerto durante la noche. Lo habían encontrado en el estudio, sentado en su sillón, con los ojos abiertos y una expresión indescifrable.

Heliodoro se quedó parado en la puerta sin saber qué sentir. Tristeza, alivio, miedo, todo mezclado en una masa confusa. Su padre estaba muerto. Ya no habría conversación, ni perdón, ni última oportunidad. Ya no habría asignación que cortar ni herencia que disputar. Todo había terminado antes de empezar.

O quizá no. Quizá estaba por empezar algo mucho peor.

Porque cuando la policía llegó y empezó a hacer preguntas, Heliodoro comprendió que todos eran sospechosos. Y él, el hijo parásito al que su padre iba a dejar en la calle, no era el que menos.

La pereza no mata. Pero la desesperación que provoca sí puede hacerlo.

CAPÍTULO IX

El hallazgo

Fue Manuela quien lo encontró. Llevaba cuarenta años sirviendo en aquella casa y había visto de todo: nacimientos y muertes, alegrías y tragedias, el ascenso de una fortuna y la decadencia de una familia. Pero nada la había

preparado para lo que vio aquella mañana cuando entró en el estudio a abrir las cortinas.

Don Amadeo estaba sentado en su sillón de cuero junto a la chimenea apagada. Tenía los ojos abiertos y la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, como si estuviera escuchando algo que solo él podía oír. Sobre la mesa descansaba una copa de coñac apenas probada y un libro cerrado. Parecía dormido, pero Manuela supo inmediatamente que no lo estaba. Había algo en la quietud de aquel cuerpo, en la ausencia absoluta de movimiento, que delataba la verdad.

Se acercó despacio, casi sin respirar. Tocó la mano del señor y la encontró fría, rígida. Entonces gritó.

El grito atravesó la casa como una cuchilla. Arriba, en sus habitaciones, los miembros de la familia se despertaron sobresaltados. Felipa fue la primera en bajar, con el camisón de seda y el pelo revuelto, seguida de Teresa y Arcadia. Los hombres llegaron después, torpes, confusos, incapaces de comprender lo que veían. Herminia se quedó en el umbral del estudio sin atreverse a entrar, las manos apretadas contra el pecho.

Durante unos minutos reinó el caos. Alguien llamó al médico, alguien llamó a la policía, alguien intentó reanimar a Amadeo aunque era evidente que llevaba horas muerto. Felipa se dejó caer en una silla y por primera vez en décadas no supo qué decir. Teresa maldecía entre dientes, incapaz de canalizar la tormenta que se desataba en su interior. Dimas vomitó en el pasillo. Arcadia lloraba sin lágrimas, con un gemido seco que parecía salirle del estómago. Dionisio se sirvió un whisky con manos temblorosas. Y Heliodoro se quedó parado en la puerta, mirando el cadáver de su padre con una expresión vacía que podía ser shock o podía ser otra cosa.

El médico llegó primero. Examinó el cuerpo, tomó notas, dictaminó muerte por fallo cardíaco. A la edad de Don Amadeo, dijo, estas cosas pasan. El corazón simplemente se detiene. No hay dolor, no hay aviso. Un momento estás vivo y al siguiente no.

Pero entonces llegó el Inspector Genaro Vidal.

Vidal era un hombre de sesenta años con el pelo canoso y los ojos pequeños y penetrantes de quien ha visto demasiado. Llevaba tres décadas en el cuerpo y había investigado de todo: robos, fraudes, agresiones, homicidios. Tenía un instinto para detectar lo que no encajaba, para ver las grietas en las fachadas, para oler la mentira debajo de las palabras.

Y en aquella casa, desde el momento en que entró, olió algo.

Empezó por el estudio. Observó el cuerpo sin tocarlo, recorrió la habitación con la mirada, se detuvo en pequeños detalles que los demás habían pasado por alto. La posición de la copa, casi llena. El libro cerrado, sin marca de lectura. La ventana, entreabierta a pesar del frío de la noche. Los cajones del escritorio, cerrados con llave.

Luego habló con la familia. Uno por uno, en el salón, mientras los demás esperaban en el comedor. Preguntas sencillas al principio: a qué hora se habían acostado, si habían oído algo durante la noche, cuándo habían visto al señor por última vez. Pero debajo de las preguntas sencillas había otras más afiladas, y Vidal observaba las reacciones con la atención de un entomólogo estudiando insectos.

Felipa respondió con altivez, ofendida de que un policía se atreviera a interrogarla. Pero Vidal notó cómo le temblaba el labio cuando mencionó que su marido había cerrado el estudio con llave, algo que nunca hacía. Teresa respondió con agresividad, a la defensiva desde la primera pregunta. Vidal anotó mentalmente la hostilidad excesiva, la necesidad de atacar antes de ser atacada. Dionisio respondió con evasivas, desviando la mirada, jugueteando con el vaso que no soltaba. Vidal reconoció el comportamiento de quien tiene algo que ocultar. Herminia respondió con monosílabos, encogida sobre sí misma, aferrando el bolso donde guardaba sus documentos. Vidal percibió el miedo, un miedo que iba más allá del duelo. Dimas respondió entre jadeos, sudando a pesar del frío, incapaz de mantener la compostura. Vidal vio la culpa escrita en cada gesto. Arcadia respondió midiendo cada palabra, demasiado controlada, demasiado cuidadosa. Vidal intuyó que sabía más de lo que decía. Y Heliodoro apenas respondió, perdido en una bruma de apatía que podía ser inocencia o podía ser la máscara perfecta.

Cuando terminó los interrogatorios preliminares, Vidal salió al jardín a fumar un cigarrillo. El sol de media mañana iluminaba la arboleda de fresnos y arrancaba destellos al lago artificial. Un lugar hermoso, pensó. Un lugar que apestaba a secretos.

Volvió adentro y pidió hablar con Manuela. La vieja ama de llaves le contó lo que sabía: que el señor llevaba meses preocupado, que había cambiado el testamento, que la familia andaba revuelta. Le habló de los préstamos de Herminia, de las aventuras de Dionisio, de la discusión entre Teresa y su padre. Le contó que la noche anterior había visto a Dionisio salir al jardín a las dos de la madrugada, que había oído pasos en el pasillo a horas intempestivas, que alguien había intentado abrir la puerta del estudio porque ella misma oyó el ruido del picaporte.

Vidal escuchó sin interrumpir. Cuando Manuela terminó, le agradeció la información y le pidió que no comentara nada con nadie. Luego volvió al estudio y llamó al forense.

—Quiero una autopsia completa —dijo—. Toxicología incluida.

El médico que había certificado la muerte lo miró sorprendido.

—¿Sospecha algo?

—Siempre sospecho algo.

Esa tarde se llevaron el cuerpo de Amadeo Ortiz de Rosas. La familia lo vio partir en silencio, cada uno encerrado en sus propios pensamientos. Felipa

pensaba en el testamento, en lo que contenía, en lo que significaba para ella. Teresa pensaba en las últimas palabras que le había dicho a su padre, en el deseo de muerte que ahora se había cumplido. Dionisio pensaba en su merodeo nocturno, en quién lo habría visto, en qué podría declarar en su contra. Herminia pensaba en los pagarés, en la amenaza de Amadeo, en el alivio culpable que sentía al saber que ya no podría denunciarla. Dimas pensaba en las acciones vendidas, en la traición que su padre conocía, en el castigo que ya no llegaría pero que de algún modo seguía pesando. Arcadia pensaba en lo que había espiado, en la sombra que vio aquella noche, en si debía contarle o callarlo. Y Heliodoro pensaba en la asignación que iba a perder, en la calle que lo esperaba, en la conversación que nunca tuvo.

Siete pecadores en una casa, y un muerto que los señalaba a todos.

Vidal se quedó hasta el anochecer, revisando el estudio, hablando con el servicio, tomando notas en una libreta de tapas negras. Antes de irse reunió a la familia en el salón.

—Nadie sale de la finca hasta nuevo aviso —dijo—. Esto ya no es un fallecimiento natural. Es una investigación.

—¿De qué está hablando? —preguntó Felipa con la voz estrangulada.

—Hablo de que su marido no murió de un fallo cardíaco, señora. O al menos, no solo de eso.

El silencio que siguió fue absoluto. Siete pares de ojos clavados en el inspector, siete rostros donde el miedo empezaba a asomar bajo las máscaras.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Teresa.

—Quiero decir que hasta que la autopsia diga lo contrario, trato esta muerte como sospechosa. Y en una muerte sospechosa, todos los presentes son posibles implicados.

Se marchó dejando atrás una casa sumida en el silencio. Nadie cenó aquella noche. Nadie habló. Cada uno se retiró a su habitación a enfrentarse con sus propios demonios.

Porque eso eran, demonios. Los pecados capitales que cada uno había alimentado durante años ahora se volvían contra ellos. La soberbia de Felipa le impedía aceptar que su mundo se derrumbaba. La lujuria de Dionisio lo había llevado a merodear en la noche, convirtiéndolo en sospechoso. La avaricia de Herminia le había dado un motivo que la policía descubriría tarde o temprano. La ira de Teresa había puesto en su boca un deseo de muerte que ahora parecía una confesión. La gula de Dimas lo había arrastrado a deudas que lo hacían parecer desesperado. La envidia de Arcadia la había convertido en espía de su propio padre. Y la pereza de Heliodoro le había impedido actuar a tiempo, dejándolo paralizado ante el abismo.

Cada pecado era una cadena, y todas las cadenas conducían al mismo lugar: el estudio donde Amadeo había muerto. El padre que los había juzgado en vida ahora los juzgaba desde la muerte, y el veredicto estaba por llegar.

Afuera, los fresnos se mecían con el viento nocturno. Adentro, siete almas velaban sin dormir, preguntándose quién de ellos había cruzado la línea.

Porque todos habían deseado la muerte de Amadeo en algún momento. Pero desear no es lo mismo que actuar.

¿O sí?

CAPÍTULO X

Las máscaras caen

Los resultados preliminares de la autopsia llegaron al tercer día. El Inspector Vidal reunió a la familia en el salón y les comunicó lo que ya sospechaba: Amadeo Ortiz de Rosas había sido envenenado. Una sustancia que simulaba los efectos de un paro cardíaco, indetectable en un examen superficial, letal en la dosis administrada. Alguien había asesinado al patriarca, y ese alguien estaba en aquella habitación.

El silencio que siguió al anuncio fue distinto a los anteriores. Ya no era el silencio del shock ni el del duelo. Era el silencio del miedo, denso y asfixiante como una niebla que se cierra sobre un barco perdido. Siete rostros pálidos, siete pares de ojos que evitaban encontrarse, siete mentes calculando frenéticamente qué sabía la policía y qué podía probar.

Vidal los observó con la paciencia del cazador que espera a que la presa se delate sola. Había visto aquella escena muchas veces: familias respetables que se desmoronaban cuando la presión apretaba, máscaras que caían revelando rostros que sus propios dueños desconocían. Solo era cuestión de tiempo.

Empezó por Herminia.

La llamó al estudio, que ahora funcionaba como sala de interrogatorios, y le mostró los pagarés que había encontrado en su maleta durante el registro de las habitaciones. Treinta y siete documentos que probaban una actividad de préstamos usureros sostenida durante años. Herminia palideció al verlos desplegados sobre el escritorio de Amadeo, el mismo escritorio donde su cuñado la había amenazado con denunciarla.

—Su cuñado sabía de esto —dijo Vidal—. Y la había amenazado con echarla de la familia si no devolvía el dinero.

—Yo no lo maté.

—Pero tenía motivos. Ciento ochenta mil motivos, según mis cuentas.

Herminia se derrumbó. Lloró como no había llorado en décadas, con un llanto feo y convulso que le deformaba la cara. Confesó todo: los préstamos, los intereses, la amenaza de Amadeo, el miedo a perderlo todo.

Pero juró que no lo había matado. Juró que esa noche se había quedado en su habitación, que no había bajado al estudio, que no había tocado la copa de coñac. Vidal la dejó ir sin creerla del todo pero sin pruebas para retenerla.

Siguió con Dimas.

Le mostró los registros bancarios que había obtenido con una orden judicial. Las deudas con casinos en línea, los préstamos con financieras, la venta de acciones a un competidor de su padre. Dimas no intentó negarlo. Se sentó frente al inspector con la resignación del condenado y admitió todo: la adicción al juego, la desesperación por el dinero, la traición que Amadeo había descubierto.

—Mi padre iba a desheredarme —dijo con voz muerta—. Si hubiera esperado una semana más, me habría quedado sin nada.

—Entonces le convenía que muriera antes.

—Me convenía, sí. Pero no lo hice.

—¿Y quién lo hizo?

Dimas lo miró con los ojos hundidos en aquella cara hinchada.

—Cualquiera de nosotros. Todos teníamos razones.

Era verdad, y Vidal lo sabía. El problema no era encontrar sospechosos sino descartar inocentes. Cada miembro de aquella familia tenía motivo, y varios tenían también oportunidad. La noche del crimen, la casa había sido un hervidero de movimientos furtivos, de pasos en el pasillo, de puertas que se abrían y cerraban. Cualquiera podría haber entrado en el estudio, echado el veneno en la copa, salido sin ser visto.

Llamó a Dionisio.

Manuela lo había visto salir al jardín a las dos de la madrugada. Vidal quería saber por qué.

—Necesitaba aire —dijo Dionisio—. No podía dormir.

—¿Y por qué no podía dormir?

—Porque mi hermano iba a anunciar algo sobre el testamento y yo dependía de su dinero para vivir.

—¿Vio a alguien en el jardín?

—No.

—¿Entró en el estudio antes de salir?

—No.

—Hay un testigo que dice que lo vio cerca de la puerta del estudio esa noche.

Dionisio vaciló. Vidal lo notó y apretó.

—Estuve allí un momento —admitió—. Pensé en hablar con Amadeo, en pedirle que no me dejara en la calle. Pero no me atreví a llamar. Me fui al jardín a fumar.

—¿Tocó la puerta? ¿Intentó abrir?

—No. Se lo juro.

Pero alguien sí había intentado abrir, porque Manuela había oído el ruido del picaporte. Si no fue Dionisio, fue otro. O Dionisio mentía.

Llamó a Teresa.

La hija mayor entró en el estudio con la mandíbula apretada y los puños cerrados, preparada para pelear. Vidal le preguntó por su relación con su padre, por los negocios fracasados, por la discusión de tres meses atrás. Teresa respondió con frases cortantes, llenas de rabia contenida.

—Mi padre era un cabrón —dijo—. Me trató como a una inútil toda mi vida. Pero yo no lo maté.

—Usted le dijo que ojalá se muriera.

El silencio fue elocuente. Teresa tragó saliva.

—Lo dije. Estaba furiosa. No lo sentía.

—¿Está segura?

—No lo sé. A veces lo sentía. A veces deseaba que desapareciera y me dejara en paz. Pero desear no es lo mismo que hacer.

—¿Y qué hizo usted esa noche?

—Bajé al jardín a fumar. Estuve en el banco junto al lago. Luego subí y me acosté.

—¿Vio a alguien?

—Vi una silueta en el pasillo cuando volví. No sé quién era.

Otra silueta, otro testigo, otro fragmento de un rompecabezas que no terminaba de encajar.

Llamó a Arcadia.

Vidal ya sabía que había espiado a su padre en el despacho de Santander y que conocía la existencia del nuevo testamento. Arcadia lo admitió sin intentar negarlo. Sí, había escuchado. Sí, sabía que había condiciones. No, no sabía cuáles eran.

—¿Por qué espiaba a su padre?

—Porque necesitaba saber qué iba a pasar conmigo. Porque toda mi vida he tenido que conformarme con las migajas mientras otros se llevaban lo mejor. Porque estoy harta de ser la que siempre pierde.

Había una amargura en su voz que Vidal reconoció: la amargura del que ha pasado la vida comparándose con otros y siempre ha salido perdiendo. La envidia, pensó, es un ácido que corroe el alma. Pero ¿corroe lo suficiente como para matar?

—Usted también merodeó por la casa esa noche —dijo—. Bajó al estudio e intentó abrir la puerta.

Arcadia lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Hago las preguntas yo. ¿Lo hizo?

—Sí. Quería hablar con mi padre, preguntarle directamente qué había en el testamento. Pero la puerta estaba cerrada.

—¿Vio a alguien más?

—Vi una sombra al final del pasillo. No sé quién era.

Sombras, siluetas, ruidos en la noche. La casa entera había estado despierta mientras Amadeo moría, y cada uno había visto algo pero nadie había visto todo.

Llamó a Felipa.

La viuda entró en el estudio con la altivez de siempre, pero Vidal notó las grietas bajo la máscara. Los ojos enrojecidos, las manos que no paraban quietas, el temblor casi imperceptible en la voz.

—Yo dormí toda la noche —dijo antes de que Vidal preguntara—. No bajé, no vi nada, no sé nada.

—¿Conocía el contenido del nuevo testamento?

—No. Mi marido no me lo consultó. Nunca me consultaba nada.

—¿Eso la molestaba?

—Todo de mi marido me molestaba, inspector. Pero llevábamos cincuenta y dos años casados. Si hubiera querido matarlo, habría tenido tiempo de sobra.

Era un argumento razonable, pero Vidal sabía que los crímenes pasionales no responden a la lógica. A veces basta una gota para desbordar el vaso, un instante para cruzar la línea que se ha respetado durante décadas.

Llamó a Heliodoro.

El hijo menor se sentó frente a él con la mirada perdida de siempre. Respondió a las preguntas con monosílabos, sin emoción, sin defensa. Sí, su padre iba a cortar la asignación. Sí, eso lo dejaría en la calle. Sí, tenía motivos para querer que muriera. No, no lo había matado. No, no había bajado del cuarto en toda la noche. No, no había visto ni oído nada.

—¿No le importa lo que le pasó a su padre?

Heliodoro lo miró con aquellos ojos vacíos.

—No lo sé. No sé lo que me importa y lo que no. Hace mucho que no sé nada.

Vidal lo dejó ir pensando que era el más difícil de leer. Los demás mostraban sus emociones aunque intentaran ocultarlas: la rabia de Teresa, el miedo de Herminia, la culpa de Dimas. Pero Heliodoro era un muro

blanco, una ausencia. Podía ser inocente o podía ser el asesino perfecto, el que mata sin sentir porque no siente nada.

Esa noche, Vidal se quedó hasta tarde en el estudio repasando sus notas. Siete sospechosos, siete pecados, siete motivos para matar. La soberbia herida de Felipa, la lujuria desesperada de Dionisio, la avaricia amenazada de Herminia, la ira desbordada de Teresa, la gula destructiva de Dimas, la envidia corrosiva de Arcadia, la pereza existencial de Heliodoro. Cada pecado era un eslabón de la cadena que había conducido a la muerte de Amadeo.

Pero el crimen no lo había cometido un pecado sino una persona. Una mano había vertido el veneno, unos ojos habían visto morir al patriarca, una conciencia cargaba con ese peso. Vidal tenía que encontrar esa mano, esos ojos, esa conciencia.

Y la encontraría. Porque debajo de las máscaras, debajo de los pecados, debajo de las mentiras y los secretos, siempre hay una verdad. Y la verdad, por mucho que se esconda, acaba saliendo a la luz.

Solo era cuestión de apretar un poco más.

CAPÍTULO XI

La revelación

El Inspector Vidal reunió a la familia en el salón una semana después del crimen. Había interrogado a cada uno varias veces, había cruzado testimonios, había reconstruido minuto a minuto aquella noche de sombras y pasillos. Ahora tenía algo que decirles, aunque no fuera lo que esperaban oír.

Se colocó de pie frente a la chimenea, de espaldas al fuego apagado, y los miró uno por uno. Felipa en el sillón principal, rígida como una estatua de sal, con el collar de perlas que no se había quitado ni para dormir. Teresa a su lado, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada, la vena del cuello laténdole visiblemente. Dionisio junto a la ventana, con un vaso en la mano aunque apenas eran las once de la mañana, los ojos inyectados de quien ya no distingue la resaca del estado normal. Herminia en una esquina, aferrada a su bolso como a un salvavidas, los nudillos blancos de tanto apretar. Dimas hundido en el sofá, ocupando el espacio de dos personas, respirando con dificultad por el esfuerzo de existir. Arcadia en una silla apartada, observando a los demás con esa mirada suya de quien siempre está midiendo, comparando, calculando. Heliodoro de pie junto a la puerta, como siempre dispuesto a huir de cualquier situación que requiriera su presencia.

Siete pecadores esperando el veredicto. Siete rostros donde el miedo había cavado surcos nuevos durante aquella semana interminable.

—He reconstruido lo que pasó aquella noche —comenzó Vidal—. Y lo que encontré es una casa donde nadie dormía, donde todos tenían secretos,

donde cada uno vigilaba a los demás mientras creía no ser vigilado. Una casa llena de ojos abiertos en la oscuridad.

Hizo una pausa. Nadie habló. El silencio tenía la densidad del plomo.

—Usted, señor Dionisio, salió al jardín a las dos de la madrugada. Pero antes de salir se detuvo frente al estudio de su hermano. Se quedó allí varios minutos, no unos segundos como me dijo. Pensó en llamar a la puerta, en pedirle que no lo dejara en la ruina después de toda una vida de dependencia. Levantó la mano para tocar y la bajó. La volvió a levantar y la volvió a bajar. Finalmente se fue sin llamar, porque el orgullo pudo más que la necesidad, o quizá porque en el fondo sabía que su hermano no lo escucharía. Salió al jardín a fumar pero no fumó, se quedó sentado en la pérgola bebiendo de una petaca y pensando en lo que sería de usted cuando Amadeo muriera. Y ahora Amadeo está muerto y usted sigue sin saber qué será de usted.

Dionisio no lo negó. Bajó la mirada hacia su vaso y no dijo nada. La mano le temblaba ligeramente.

—Usted, señora Teresa, también bajó esa noche. Fue al jardín a fumar, al banco junto al lago donde solía sentarse de niña cuando quería escapar de esta casa. Se quedó allí más de una hora, fumando un cigarrillo tras otro, pensando en su padre, en las últimas palabras que le había dicho, en ese deseo de muerte que le salió de las entrañas y que ahora la carcome. Ojalá te murieras, le dijo. Y él se murió. Usted no cree en maldiciones ni en poderes sobrenaturales, pero desde esa noche no puede dejar de preguntarse si las palabras tienen un peso que desconocemos, si al pronunciarlas les damos una existencia que luego no podemos controlar. Cuando volvió a la casa vio una silueta en el pasillo pero no supo quién era. Subió a su habitación y no durmió. No ha dormido bien desde entonces.

Teresa apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Vidal vio una gota de sangre asomar entre sus dedos pero ella no pareció notarlo.

—Usted, señora Arcadia, fue esa silueta. Bajó al estudio e intentó abrir la puerta. Quería saber qué había en el testamento, qué había preparado su padre para ella, si una vez más se llevaría menos que los demás. Porque esa ha sido la historia de su vida, ¿verdad? Siempre menos. Menos atención, menos cariño, menos dinero, menos todo. La puerta estaba cerrada y usted forcejeó con el picaporte, lo movió varias veces, incluso pensó en forzar la cerradura. Pero no sabía cómo y tuvo miedo de hacer ruido. Antes de subir vio otra sombra al fondo del pasillo y se escondió detrás de una columna hasta que pasó. No quería que nadie supiera que estaba espiando, aunque todos estaban espiando.

Arcadia asintió casi imperceptiblemente. Tenía los labios apretados en una línea fina.

—Esa sombra era usted, señora Herminia. También bajó esa noche, también fue hasta el estudio, también se quedó mirando la puerta cerrada. Pensaba en la amenaza de su cuñado, en los pagarés que guarda en ese bolso que

no suelta nunca, en todo lo que perdería si él cumplía su palabra. Pensaba en los ciento ochenta mil euros que ha acumulado a lo largo de los años prestando dinero a gente desesperada, cobrando intereses que rozan la usura, guardando documentos que le dan poder sobre otros. Esa noche, frente a la puerta del estudio, usted deseó que Amadeo muriera. Lo deseó con toda su alma, con toda la fuerza de su miedo. Y luego subió a su habitación y rezó, porque todavía cree en un Dios que perdona los pecados aunque no perdone a los pecadores.

Herminia se encogió sobre sí misma. Le corrían lágrimas por las mejillas pero no emitía ningún sonido.

—Usted, señor Dimas, no bajó de su habitación. Pero tampoco durmió. Se quedó despierto toda la noche, comiendo lo que encontró en el minibar, chocolate y galletas y frutos secos, llenándose el estómago para no sentir el vacío del pecho. Pensaba en las acciones que había vendido a un competidor de su padre, en la traición que Amadeo había descubierto, en la mirada de desprecio con que lo había fulminado la última vez que hablaron. Pensaba en su ex mujer, en sus hijos que ya no quieren verlo, en el cuerpo monstruoso que arrastra como una penitencia. Esa noche usted también deseó que su padre muriera, porque mientras Amadeo viviera usted seguiría siendo el fracasado, el inútil, la vergüenza de la familia. Y ahora que está muerto sigue siéndolo, porque la muerte de los padres no redime a los hijos.

Dimas cerró los ojos. Le temblaba la papada y respiraba con un silbido agudo.

—Usted, señora Felipa, dice que durmió toda la noche. Pero el servicio la oyó caminar por su habitación hasta la madrugada, ir y venir como un animal enjaulado. También usted estaba despierta, también usted pensaba en el testamento, en lo que su marido habría dispuesto sin consultarla, en el control que se le escapaba de las manos después de medio siglo de intentar mantenerlo. Usted no amaba a Amadeo, quizá nunca lo amó. Se casó con él por su dinero y su posición, y durante cincuenta y dos años interpretó el papel de esposa devota sin sentirlo. Pero ahora que está muerto descubre que no sabe quién es sin él. Toda su identidad estaba construida sobre ser la señora de Ortiz de Rosas, y ahora es solo una viuda rica que no sabe qué hacer con el tiempo que le queda.

Felipa lo miró con un odio tan puro que parecía destilar veneno. Pero no lo desmintió. No podía.

—Y usted, señor Heliodoro. Usted tampoco durmió. Se quedó tumbado en la cama mirando el techo, pensando en la asignación que iba a perder, en la calle que lo esperaba, en la conversación que nunca tuvo con su padre porque no encontró la energía para bajar a buscarla. Cuarenta y dos años y nunca ha hecho nada, nunca ha construido nada, nunca ha sido nada. Esa noche pensó en levantarse, en ir al estudio, en hablar con Amadeo de hombre a hombre. Pero luego pensó en el esfuerzo que requería y decidió

dejarlo para mañana. Siempre mañana. Toda su vida ha sido un mañana que nunca llega. Y ahora ya no hay más mañanas con su padre.

Heliodoro no reaccionó. Siguió de pie junto a la puerta con la misma expresión vacía de siempre. Pero algo se movió en sus ojos, un destello brevísimo que podía ser dolor o podía ser nada.

Vidal dejó que el silencio se extendiera. Quería que sintieran el peso de lo que acababa de decir, que comprendieran lo que significaba. Que cada palabra se les clavara como una astilla.

—Aquella noche —continuó—, mientras Don Amadeo moría en su estudio, cada uno de ustedes estaba despierto. Cada uno tenía un motivo para querer su muerte. Cada uno bajó o pensó en bajar, se acercó o pensó en acercarse. La casa entera palpitaba de resentimiento, de miedo, de odio. Era un barril de pólvora esperando la chispa.

Se apartó de la chimenea y caminó lentamente entre ellos, mirándolos a los ojos uno por uno.

—La pregunta no es quién tenía motivos. Todos los tenían. La pregunta no es quién tuvo oportunidad. Todos la tuvieron. La pregunta es quién cruzó la línea. Quién pasó del deseo al acto, del pensamiento a la obra, del pecado al crimen.

Se detuvo en el centro del salón.

—Porque eso es lo que distingue al pecador del criminal. Ustedes son pecadores, todos. La soberbia, la lujuria, la avaricia, la ira, la gula, la envidia, la pereza. Cada uno carga con su pecado como con una piedra atada al cuello. Pero el pecado está en el corazón. El crimen está en la mano. Y yo necesito saber qué mano vertió el veneno en la copa de Don Amadeo.

Nadie habló. Nadie se movió. Apenas respiraban.

—Lo que sé es que el veneno se echó en la copa antes de que Don Amadeo entrara en el estudio por última vez. La copa estaba servida, esperándolo. Alguien entró, vertió la sustancia, salió. Pudo ser cualquiera de ustedes. Pero también pudo ser alguien más.

Esa última frase quedó flotando en el aire como un cuerpo en el agua. Alguien más. Los siete pares de ojos se clavaron en el inspector.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Felipa con la voz estrangulada.

—Quiero decir que en esta casa hubo muchos movimientos aquella noche, pero ninguno de ustedes entró en el estudio. Lo intentaron, lo pensaron, lo desearon. Pero la puerta estaba cerrada con llave y nadie la abrió. Sin embargo, alguien entró. El veneno no llegó solo a la copa.

—Entonces quién —dijo Teresa.

—Eso es lo que voy a averiguar. Pero mientras lo averiguo, quiero que piensen en algo. Quiero que piensen en lo que desearon aquella noche, en lo que habrían hecho si la puerta hubiera estado abierta, en la distancia que

había entre su deseo y el acto. Porque aunque ninguno de ustedes sea el asesino, ninguno es inocente. El que desea la muerte de otro ya ha matado en su corazón.

Las palabras cayeron como piedras en un estanque, y las ondas se expandieron hasta tocar a cada uno.

Vidal recogió su libreta y se dirigió a la puerta.

—El notario llegará mañana para la lectura del testamento. Les sugiero que estén preparados. Don Amadeo tenía mucho que decirles, y sospecho que no va a gustarles.

Salió dejando atrás una sala llena de culpables. No culpables del crimen, quizá. Pero culpables de algo que en cierto modo era peor: de haber deseado la muerte de un hombre y de tener que vivir sabiendo que el deseo se cumplió.

Porque el pecado no necesita manos para matar. A veces basta con el corazón. Y los corazones de aquella casa estaban podridos desde hacía mucho tiempo.

CAPÍTULO XII

El testamento

El notario llegó a las once de la mañana en un coche negro que parecía un coche fúnebre. Se llamaba Sebastián Urrutia, era un hombre de unos cincuenta años con gafas de montura metálica y expresión impenetrable, y traía consigo un maletín de cuero donde guardaba el documento que cambiaría la vida de todos los presentes.

Los reunió en el comedor, alrededor de la gran mesa de roble donde tantas cenas familiares habían transcurrido entre silencios tensos y reproches velados. Felipa presidía la cabecera que había sido de Amadeo, aferrándose a ese último símbolo de autoridad. Los demás se distribuyeron a su alrededor: Teresa a su derecha, Dionisio a su izquierda, Herminia, Dimas, Arcadia y Heliodoro ocupando los lugares restantes. El Inspector Vidal asistía desde una esquina, observando.

Urrutia abrió el maletín y extrajo un sobre grueso lacrado con las iniciales de Amadeo. Lo mostró a los presentes para que verificaran que el sello estaba intacto, y luego lo rompió con un abrecartas de plata. Dentro había varios pliegos escritos a máquina y, al final, unas hojas manuscritas con la caligrafía inconfundible del difunto.

—Don Amadeo Ortiz de Rosas y Ceballos otorgó este testamento el quince de septiembre del año pasado —comenzó Urrutia—. Lo hizo en mi despacho de Madrid, en forma cerrada, sin testigos que conocieran su contenido. Me pidió expresamente que no lo abriera hasta su muerte y que lo leyera ante su familia reunida. Voy a proceder a hacerlo.

Carraspeó y comenzó a leer.

"Yo, Amadeo Ortiz de Rosas y Ceballos, en pleno uso de mis facultades mentales y consciente de la gravedad de lo que dispongo, establezco este testamento como mi última voluntad. Pero antes de entrar en el reparto de mis bienes, quiero dirigirme a quienes van a recibirlos, porque este documento no es solo un acto jurídico sino también un acto moral. Es mi última oportunidad de deciros lo que nunca os dije en vida, y de daros lo que nunca os di: la verdad."

Urrutia hizo una pausa. Los rostros alrededor de la mesa se habían tensado. Aquello no era un testamento normal.

"He pasado setenta y ocho años en este mundo y he acumulado una fortuna que se estima en mil quinientos millones de euros. He levantado empresas, he dado trabajo a miles de personas, he dejado mi huella en la industria de este país. Pero cuando miro a mi alrededor, cuando os miro a vosotros, sé que he fracasado en lo más importante. He criado una familia enferma del alma. Cada uno de vosotros padece un mal que los antiguos llamaban pecado capital, y yo no hice nada por curarlo. Os di dinero en lugar de tiempo, objetos en lugar de atención, comodidades en lugar de valores. Creí que la fortuna os protegería y lo que hizo fue pudriros. La culpa es mía tanto como vuestra."

Felipa emitió un sonido ahogado, algo entre un gemido y una protesta. Urrutia continuó sin inmutarse.

"Por eso he decidido que mi herencia no será un simple reparto de bienes. Será una oportunidad de redención. A cada uno de vosotros voy a dejarle algo que refleje su pecado y que le obligue a enfrentarlo. No es un castigo sino una prueba. Quien la supere accederá a su parte completa de la fortuna. Quien no la supere perderá todo derecho a ella. Sé que es duro, quizá cruel. Pero la crueldad verdadera sería dejaros seguir como estáis, hundidos en vuestros vicios, incapaces de ver lo que os estáis haciendo a vosotros mismos y a los demás."

Urrutia pasó la página.

"A mi esposa, Felipa Gutiérrez de Barcenilla, le dejo la casa de Santander y una renta vitalicia equivalente al salario medio de este país. Ni más ni menos que lo que gana un ciudadano corriente. Tú, que has vivido siempre mirando por encima del hombro a quienes considerabas inferiores, aprenderás lo que es vivir como ellos. La casa la conservarás, porque sé que la necesitas para mantener la fachada. Pero el dinero será justo, no más. Si durante cinco años demuestras que puedes vivir con ese ingreso sin quejarte, sin humillar a otros por tener menos, sin perder la dignidad que tanto proclamas, recibirás el resto de lo que te corresponde como viuda. Si no, la renta seguirá igual hasta tu muerte y el capital irá a obras de caridad."

Felipa se había quedado blanca. Abrió la boca para hablar pero no le salieron las palabras.

"A mi hermano Dionisio le dejo el pabellón de invitados de Los Fresnos y una asignación mensual condicionada a que no mantenga relaciones sexuales fuera de un compromiso estable durante tres años. Sé que suena absurdo, quizá imposible para alguien que ha hecho del sexo su forma de vida. Pero eso es precisamente lo que quiero que entiendas, Dionisio: que has usado a las personas como objetos, que has confundido el placer con el amor, que has llegado a los setenta años sin saber lo que es un vínculo verdadero. Si durante tres años eres capaz de vivir sin cosificar a nadie, recibirás tu parte de la herencia. Si no, el pabellón y la asignación serán todo lo que tengas."

Dionisio soltó una risa amarga que sonó como un ladrido. No dijo nada.

"A Herminia Gutiérrez de Barcenilla, mi cuñada, le dejo cien mil euros. Es menos de lo que ha acumulado prestando dinero a intereses usureros, pero es más de lo que merece quien se ha aprovechado de la necesidad ajena. Herminia, sé lo de los pagarés. Sé lo que has hecho durante años a espaldas de todos. Mi condición es esta: si devuelves a cada uno de tus deudores el dinero que les cobraste de más, con intereses a tu cargo, y si destruyes todos los pagarés en presencia de un notario, recibirás además una renta mensual digna hasta el fin de tus días. Si no, los cien mil euros serán todo lo que tengas, y cuando se acaben tendrás que buscarte la vida como te la buscaste siempre, exprimiendo a otros."

Herminia sollozaba en silencio, con el rostro hundido entre las manos.

"A mi hija Teresa le dejo la cantidad de un millón de euros, depositada en un fideicomiso al que solo podrá acceder si completa un programa de dos años de terapia para el manejo de la ira certificado por un profesional de mi confianza. Teresa, tienes cuarenta y nueve años y has destruido todo lo que has tocado: matrimonios, negocios, relaciones. No por falta de inteligencia ni de capacidad, sino porque no puedes controlar la furia que llevas dentro. Esa furia te ha costado a tu hija, que no quiere verte. Te ha costado a tus maridos, que huyeron de ti. Te ha costado a ti misma, porque en el fondo sabes que el monstruo no son los demás sino tú. Si completas la terapia y demuestras que puedes mantener una relación durante un año sin destruirla, el millón será tuyo. Si no, irá a una fundación para víctimas de violencia doméstica."

Teresa temblaba. Las lágrimas le corrían por las mejillas pero su expresión era de rabia, la misma rabia de siempre, la que no sabía soltar.

"A mi hijo Dimas le dejo quinientos mil euros, depositados en un fideicomiso al que solo podrá acceder si reduce su peso a menos de cien kilos y lo mantiene durante dos años, y si salda todas sus deudas de juego sin pedir dinero prestado a nadie. Dimas, te he visto destruirte durante décadas y no he sabido cómo impedirlo. Te di dinero creyendo que te ayudaba y solo alimenté tus adicciones. Ahora te doy una oportunidad de salvarte, pero tendrás que ganártela. Si cumples las condiciones, el dinero será tuyo. Si

no, irá a programas de ayuda a personas con trastornos alimentarios y ludopatía."

Dimas respiraba con dificultad. Tenía la mirada fija en la mesa, incapaz de levantar los ojos.

"A mi hija Arcadia le dejo trescientos mil euros, depositados en un fideicomiso al que solo podrá acceder si pasa tres años sin compararse públicamente con nadie ni expresar envidia por lo que otros tienen. Arcadia, has gastado tu vida deseando lo ajeno en lugar de construir lo propio. Has envidiado a tu prima Covadonga, a tus hermanos, a cualquiera que tuviera algo que tú no tenías. Esa envidia te ha envenenado el alma y te ha impedido ver lo que sí tenías. Mi condición es que aprendas a valorar lo tuyo sin medir lo de los demás. Si lo logras, el dinero será tuyo. Si no, irá a becas para jóvenes sin recursos que sí saben aprovechar sus oportunidades."

Arcadia apretaba los labios con tanta fuerza que se le habían puesto blancos.

"A mi hijo Heliodoro le dejo doscientos mil euros, depositados en un fideicomiso al que solo podrá acceder si durante tres años mantiene un empleo estable o desarrolla un proyecto productivo verificable. Heliodoro, tienes cuarenta y dos años y nunca has hecho nada. Tienes una inteligencia que has desperdiciado, unas capacidades que has dejado pudrir, una vida que has dejado pasar. Mi condición es que por fin hagas algo con ella. No me importa qué, no me importa si es grande o pequeño, solo que sea algo. Si lo logras, el dinero será tuyo. Si no, irá a programas de empleo para jóvenes que sí quieren trabajar."

Heliodoro no reaccionó. Seguía con la misma expresión vacía, como si las palabras no lo tocaran. O como si lo tocaran demasiado.

Urrutia llegó a las hojas manuscritas. La letra de Amadeo, apretada e inclinada, llenaba tres páginas.

"Y ahora quiero deciros algo que no cabe en el lenguaje legal. Quiero deciros por qué he hecho esto."

El notario leyó despacio, respetando las pausas que Amadeo había marcado.

"Sé que vais a odiarme. Sé que pensaréis que soy un viejo cruel que os castiga desde la tumba. Pero no es castigo, es amor. El único amor que sé daros, el único que me queda. Durante toda mi vida os di dinero porque no supe daros otra cosa. Os di comodidades, caprichos, seguridad material. Creí que eso bastaba. Creí que el dinero era una forma de cariño. Pero el dinero sin exigencia es veneno, y yo os he envenenado durante décadas.

Ahora os exijo algo. Os exijo que os enfrentéis a vosotros mismos, que miréis de frente el pecado que os habita, que luchéis contra él. No os pido que lo venzáis, porque quizá es imposible vencer del todo. Os pido que

luchéis. Que lo intentéis. Que hagáis el esfuerzo que yo nunca os pedí y que vosotros nunca hicisteis.

Si fracasáis, habréis perdido el dinero pero no la oportunidad de cambiar. El dinero es solo el incentivo, la zanahoria para el burro. Lo que de verdad quiero es que dejéis de ser lo que sois. Que dejéis de ser pecadores. Que encontréis la forma de vivir sin soberbia, sin lujuria, sin avaricia, sin ira, sin gula, sin envidia, sin pereza. Sé que es mucho pedir. Sé que quizá ninguno lo logre. Pero si al menos uno de vosotros lo intenta, mi muerte habrá valido la pena.

Porque voy a morir. Lo sé. Sé que alguno de vosotros, o quizá todos, desea mi muerte. Llevo meses dejando caer indicios sobre el testamento, provocándoos, apretando las tuercas. He visto cómo os miráis, cómo calculáis, cómo esperáis el momento. No sé quién de vosotros cruzará la línea, pero sé que alguien lo hará. Y cuando lo haga, cuando me encuentren muerto, quiero que sepáis esto: os perdono.

Os perdono porque sois mis hijos, mi hermano, mi esposa, mi familia. Os perdono porque el pecado que os habita también me habitó a mí, y no soy quién para juzgaros. Os perdono porque el perdón es lo único que puedo daros que no tenga precio. Recibidlo o rechazadlo, es cosa vuestra. Pero sabed que os lo doy, que os lo he dado siempre aunque no supiera expresarlo.

Y si algún día, cuando yo ya no esté, sentís el peso de lo que habéis hecho o dejado de hacer, recordad que nunca es tarde. Que mientras haya vida hay oportunidad. Que los pecados se redimen no con palabras sino con obras.

Vuestro padre, vuestro hermano, vuestro esposo, Amadeo."

Urrutia dejó las hojas sobre la mesa. El silencio que siguió era absoluto, casi sagrado. Siete personas inmóviles en sus sillas, cada una encerrada en su propio infierno, cada una enfrentada al espejo que Amadeo les había puesto delante.

Felipa fue la primera en levantarse. Salió del comedor sin decir palabra, con el porte erguido de siempre pero algo roto en los ojos. Teresa la siguió poco después, llorando abiertamente, sin molestarse en ocultar las lágrimas. Dionisio se sirvió una copa del aparador y se la bebió de un trago. Herminia seguía sollozando con el rostro entre las manos. Dimas no se había movido, clavado en su silla como una montaña de carne y vergüenza. Arcadia miraba al vacío con expresión ausente. Heliodoro seguía junto a la puerta, pero por primera vez había algo en sus ojos: un brillo húmedo que podía ser el comienzo de las lágrimas.

Vidal los observó desde su esquina. Había venido a buscar un asesino y había encontrado algo más complejo: una familia destrozada por sus propios pecados, un padre que había intentado salvarla desde la tumba, un testamento que era a la vez condena y redención.

El asesino seguía sin aparecer. Pero ahora Vidal sabía que debía buscarlo fuera de aquella habitación. Porque los pecadores que tenía delante eran muchas cosas, pero no eran criminales. Eran solo seres humanos rotos que acababan de recibir una última oportunidad de repararse.

Si la aprovecharían o no, eso ya no dependía de Amadeo. Eso dependía de ellos.

EPÍLOGO

Los fresnos

El Inspector Vidal no creía en las casualidades. Treinta años investigando crímenes le habían enseñado que todo tiene una causa, que los hilos siempre conducen a alguna parte, que la verdad deja rastros aunque intente ocultarse. Solo hay que saber mirar.

Y él había estado mirando en el lugar equivocado.

Durante una semana había escrutado a los siete pecadores, había desmontado sus coartadas, había expuesto sus motivos. Todos tenían razones para matar a Amadeo, todos habían deseado su muerte, todos habían merodeado aquella noche por la casa como buitres esperando la carroña. Pero ninguno había entrado en el estudio. La puerta estaba cerrada con llave y ninguno tenía la llave.

Esa era la pieza que no encajaba. El veneno estaba en la copa, pero la puerta estaba cerrada. ¿Cómo había entrado el asesino?

Vidal volvió al estudio después de la lectura del testamento. Se quedó de pie en el centro de la habitación, mirando alrededor, dejando que los detalles le hablaran. La ventana, entreabierta la noche del crimen. Los cajones, cerrados con llave. El libro sobre la mesa, cerrado y sin marca de lectura. La copa de coñac, casi llena.

La ventana. Vidal se acercó y la examinó. Daba al jardín lateral, a una zona de arbustos que quedaba fuera de la vista desde la casa principal. Alguien podría haber entrado por allí sin ser visto. Pero la ventana estaba a dos metros del suelo, demasiado alta para trepar sin ayuda. Y no había marcas en la pared ni en el alféizar, ninguna señal de escalada.

Volvió a la puerta y la estudió. Cerradura antigua, de las que se abren con llave de doble paletón. Difícil de forzar sin dejar marcas, y no había ninguna. Quien entró tenía llave.

¿Quién tenía llave del estudio de Amadeo?

Manuela, el ama de llaves. Pero Manuela llevaba cuarenta años sirviendo a la familia y no tenía motivo alguno para matar a su señor. Además, Vidal la había interrogado a fondo y su coartada era sólida: había pasado la noche en su habitación del ala de servicio, y dos criadas podían confirmarlo.

Amadeo, por supuesto. Pero Amadeo estaba muerto.

¿Alguien más?

Vidal recordó algo que Manuela le había dicho durante el primer interrogatorio. Que el señor guardaba una llave de repuesto escondida en algún lugar del estudio, por si perdía la principal. Una precaución que había tomado años atrás. Manuela no sabía dónde estaba exactamente, pero sabía que existía.

Una llave escondida. Alguien que conociera su ubicación podría haberla usado para entrar.

¿Quién conocía la ubicación?

Vidal pensó en las personas que habían frecuentado aquel estudio a lo largo de los años. Socios, abogados, banqueros. Gente que entraba y salía, que veía a Amadeo guardar y sacar cosas, que podía haber observado dónde escondía la llave. Pero eso era mucha gente, demasiada para investigar sin una pista más concreta.

Entonces recordó el nombre tachado en la agenda. Benigno Salazar Montoya, notario. El nombre subrayado con tinta roja, como si Amadeo hubiera querido borrarlo de su vida.

Vidal había investigado a Salazar superficialmente al principio de la investigación. Había sido el notario de Amadeo durante más de veinte años y luego había dejado de serlo. Nadie sabía por qué. Vidal lo había anotado como un cabo suelto menor y había seguido adelante, concentrado en los sospechosos de la casa.

Pero ahora ese cabo suelto le tiraba.

Volvió a su despacho y pidió todo lo que hubiera sobre Salazar. Expediente profesional, situación financiera, movimientos recientes. Lo que encontró le hizo levantar las cejas.

Salazar estaba arruinado. Hacía un año había dejado de trabajar como notario sin explicación pública. Su despacho había cerrado, sus clientes se habían marchado, su reputación había quedado destruida aunque nadie supiera exactamente por qué. Vivía de los ahorros en un apartamento cada vez más pequeño, sin ingresos, sin perspectivas. Un hombre acabado.

¿Qué había pasado hacía un año? ¿Por qué Amadeo lo había despedido?

Vidal visitó a la secretaria de Amadeo, la que recordaba una tarde en que el señor había salido del despacho de Salazar pálido de ira. Le preguntó si sabía algo más.

—Solo sé que el señor estaba furioso —dijo la mujer—. Nunca lo había visto así. Me dijo que Salazar era un ladrón y que iba a hundirlo. Pero luego no pasó nada. No hubo denuncia, no hubo juicio. El señor simplemente dejó de hablar de él.

Un ladrón. ¿Qué había robado Salazar?

Vidal pensó en lo que un notario podía robar a un cliente. Dinero, propiedades, documentos. O quizá algo más sutil. Quizá había intentado manipular un testamento.

Solicitó una orden judicial para acceder a los archivos del antiguo despacho de Salazar. Lo que encontró confirmó sus sospechas.

Había una copia del testamento anterior de Amadeo, el que había redactado Salazar antes de ser despedido. Y en ese testamento había una cláusula que no aparecía en ningún otro documento: un legado de quinientos mil euros a nombre del propio Salazar, en concepto de servicios profesionales.

Salazar había intentado colarse en el testamento de su cliente. Amadeo lo había descubierto y lo había echado. No lo había denunciado, quizá para evitar el escándalo, pero lo había destruido profesionalmente. Y Salazar había pasado un año entero rumiando su humillación, su ruina, su odio.

Ahora Vidal tenía un sospechoso con motivo. Faltaba la oportunidad.

Interrogó a Salazar en comisaría. El hombre llegó con aspecto de no haber dormido en días, la ropa arrugada, los ojos hundidos. Vidal lo sentó frente a él y le mostró la copia del testamento falsificado.

—Usted intentó robarle a Amadeo Ortiz de Rosas —dijo—. Él lo descubrió y lo despidió. Su carrera se acabó, su vida se arruinó. Y usted se pasó un año odiándolo.

Salazar no lo negó. Miró el documento con expresión vacía.

—Fue una estupidez —dijo—. Un momento de codicia. Llevaba veinte años viendo pasar su fortuna por mis manos y yo apenas llegaba a fin de mes. Me pareció injusto.

—Así que decidió tomar lo que creía que le correspondía.

—Sí.

—Y cuando Amadeo lo descubrió, usted decidió vengarse.

Salazar levantó la vista.

—Yo no lo maté.

—¿Ah, no? Tenía motivo, tenía conocimientos de química, conocía la casa y las costumbres de la víctima. Sabía que tomaba una copa de coñac en su estudio antes de dormir. Sabía dónde estaba la llave escondida.

Por primera vez, algo cambió en la expresión de Salazar. Un destello de sorpresa, de miedo.

—¿Cómo sabe lo de la llave?

—Porque usted la usó para entrar en el estudio la noche del crimen.

—No es verdad.

—Entonces dígame dónde estaba esa noche.

Salazar vaciló. Vidal vio la duda en sus ojos, el cálculo, la decisión de mentir.

—En mi casa. Solo.

—¿Puede probarlo?

—No. Pero eso no significa que estuviera en Los Fresnos.

Vidal se reclinó en la silla y lo estudió. Salazar mentía, estaba seguro. Pero necesitaba pruebas.

Ordenó un registro del apartamento de Salazar. Lo que encontraron fue suficiente.

En un armario, escondido detrás de unas cajas, había un frasco con restos de una sustancia química. El laboratorio la identificó: el mismo veneno que había matado a Amadeo. En un cajón había un recorte de periódico sobre la reunión familiar en Los Fresnos, con la fecha marcada con un círculo. Y en una libreta había notas escritas a mano: horarios, costumbres, un dibujo esquemático de la planta baja de la casa con el estudio señalado.

Vidal volvió a la sala de interrogatorios con las pruebas. Las desplegó sobre la mesa frente a Salazar y esperó.

El hombre las miró durante un largo momento. Luego se derrumbó.

Confesó todo. El odio acumulado durante un año, el plan que fue tomando forma poco a poco, la noche del crimen. Había conducido hasta Los Fresnos, había aparcado lejos, había entrado por la puerta de servicio que conocía de sus muchas visitas. Había esperado a que la casa quedara en silencio, había usado la llave escondida para entrar en el estudio, había vertido el veneno en la copa de coñac. Toda la operación había durado menos de cinco minutos.

—¿Por qué? —preguntó Vidal—. ¿Solo por venganza?

Salazar lo miró con los ojos hundidos.

—Él me destruyó. Podría haberme denunciado y habría sido malo, pero habría terminado. En cambio eligió destruirme en silencio, dejarme vivir sabiendo que tenía las pruebas, que podía hundirme en cualquier momento. Pasé un año esperando el golpe. Un año sin poder dormir, sin poder pensar en otra cosa. Al final decidí que si iba a caer, él caería conmigo.

—Así que lo mató.

—Así que lo maté.

Vidal asintió lentamente. Había visto muchos motivos para matar a lo largo de su carrera: dinero, celos, miedo, locura. Pero la venganza era el más frío de todos. La venganza requería paciencia, planificación, sangre fría. La venganza era un plato que se servía helado, y Salazar lo había servido a la perfección.

Lo arrestó por asesinato en primer grado. Salazar no se resistió. Parecía casi aliviado, como si confesar le hubiera quitado un peso de encima. Quizá lo había hecho.

Vidal volvió a Los Fresnos una última vez para informar a la familia. Los reunió en el mismo salón donde había empezado todo y les contó la verdad. Ninguno de ellos había matado a Amadeo. El asesino era un hombre de

fuera, alguien que había sido destruido por el patriarca y había decidido destruirlo a su vez.

La noticia fue recibida con un silencio extraño. Alivio, sí, pero también algo más. Algo que Vidal reconoció: la culpa que no se va aunque se demuestre la inocencia. Porque ellos no habían matado a Amadeo, pero lo habían deseado. Y ese deseo seguiría pesándoles el resto de sus vidas.

Un año después, Vidal volvió a Los Fresnos por curiosidad. Quería saber qué había sido de aquella familia, si habían aceptado el desafío del testamento, si algo había cambiado.

Lo que encontró lo sorprendió.

Felipa seguía viviendo en la casa de Santander con su renta de ciudadana corriente. Había despedido al servicio y hacía ella misma las tareas del hogar. Seguía siendo altiva, pero algo se había ablandado en su expresión. Quienes la conocían decían que ya no humillaba a nadie. Que incluso había pedido perdón a Herminia por décadas de maltrato.

Teresa estaba en terapia. Llevaba once meses sin una explosión de ira. Su hija Claudia había aceptado verla una vez al mes, y las visitas iban bien. Teresa lloraba a menudo pero ya no gritaba. Era un progreso.

Dimas había perdido treinta kilos. Seguía siendo un hombre grande pero ya no monstruoso. Había saldado la mitad de sus deudas y trabajaba como voluntario en un comedor social, sirviendo comida a otros en lugar de devorarla él. Decía que por primera vez en su vida se sentía útil.

Arcadia había dejado de hablar de Covadonga. Había retomado sus estudios de historia del arte y estaba escribiendo un libro sobre pintores cántabros olvidados. No se comparaba con los demás autores. Solo escribía.

Heliodoro tenía un empleo. Trabajaba como bibliotecario en una biblioteca municipal, un trabajo tranquilo que se ajustaba a su temperamento. No era gran cosa, pero era algo. Por primera vez en cuarenta y dos años, era algo.

Dionisio había sido el único en fracasar. No había durado ni tres meses sin buscar mujeres. Vivía en el pabellón de invitados con su asignación reducida, bebiendo demasiado, envejeciendo solo. Algunos pecados son más fuertes que quienes los padecen.

Herminia había devuelto todo el dinero y destruido los pagarés. Vivía con su renta digna en un apartamento pequeño y limpio. Había aprendido a ser pobre otra vez, pero esta vez sin vergüenza.

Vidal paseó por la arboleda de fresnos antes de marcharse. Los árboles seguían allí, centenarios, indiferentes a los dramas humanos que se desarrollaban bajo sus copas. Habían visto nacer y morir a generaciones, habían dado sombra a los felices y a los miserables, y seguirían allí cuando todos los Ortiz de Rosas hubieran desaparecido.

Pensó en Amadeo, en su testamento, en su intento de redimir a su familia desde la tumba. Había funcionado a medias, como todas las cosas humanas. Algunos se habían salvado, otros no. Algunos habían cruzado el

puede que les tendió, otros se habían quedado en la orilla. Pero al menos había habido un puente. Al menos había habido una oportunidad.

Y eso, pensó Vidal mientras subía a su coche, era más de lo que la mayoría de los padres dejaban a sus hijos.

Los fresnos se mecieron con el viento de la tarde. La casa quedó atrás, con sus secretos y sus pecados, con sus vivos y sus muertos.

La vida seguía. Imperfecta, incompleta, pero seguía.

Como siempre.

—FIN